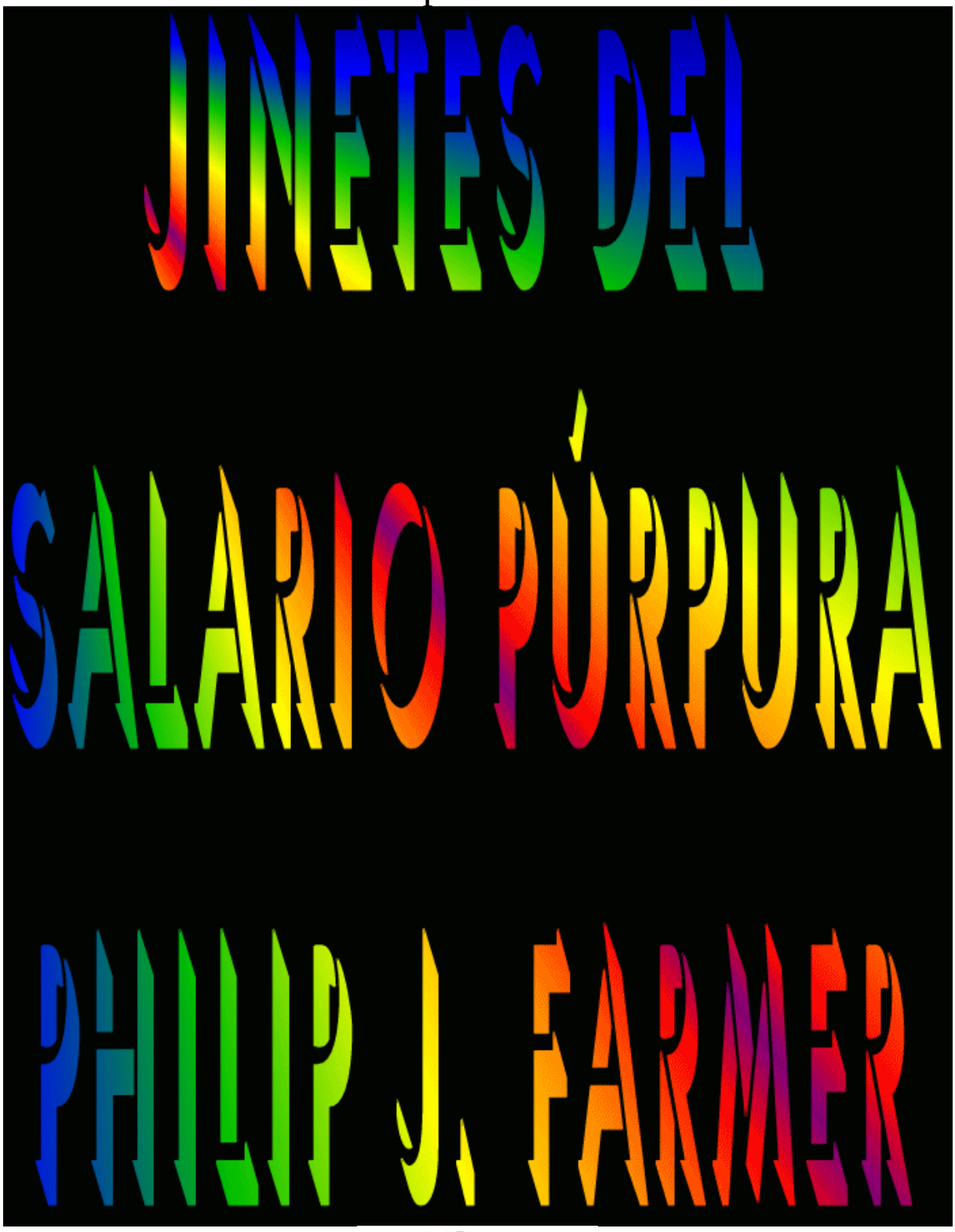
Jinetes del salario púrpura
Philip J. Farmer



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Philip José Farmer es una de las pocas personas realmente buenas que yo haya encontrado nunca. Es un hombre gentil, con todas las implicaciones que comporta esta palabra en lo relativo a nobleza, sabiduría y humanidad. También es indestructible. Ha sido pateado por los maestros, y de alguna forma ha conseguido salir incólume de los embrollos. Ha sido robado por editores despreciables, criminalmente engañado por agentes ineptos, vergonzosamente ignorado por críticos sentenciosos, asaltado por las Furias del Azar y de la Mala Suerte, y pese a ello, pese a ello, ha conseguido producir quince libros de una importancia tan singular que es considerado como un "escritor de escritores", en un campo donde los celos y las envidias son el modus operandi que acuchilla las costillas del vecino.

Phil Farmer ronda la cincuentena, tiene una voz suave y un formidable caudal de información sobre todo, desde arqueología hasta los hábitos nocturnos de sir Richard Burton (no el actor). Es un buen andarín de calles, gran bebedor de café, fumador de cigarrillos, apasionado de sus nietos. Pero, sobre todo lo demás, es un escritor de historias. Historias como *The Lovers* (Los amantes), que estalló en el campo de la ciencia ficción en un número de 1952 de *Startling Stories* como una explosión en una fábrica de aire comprimido. Hasta que Phil Farmer le echó una buena ojeada al tema, el sexo era algo confinado a las portadas de Bergey representando jóvenes muchachas de poderosos muslos llevando sujetadores de cobre. Ha examinado todas las facetas de la psicología anormal —parece—, en una forma adulta y extrapolativa que la mayoría de editores hubieran rechazado como imposible en 1951. Aquellos que consideran despreciable una tal hazaña, en un campo en el que la ausencia de genitales en Kimball Kinnison nunca pareció preocupar ni a editores ni a aficionados, sólo tienen que considerar que, hasta Farmer y el vigor de su obra, lo más parecido dentro del género a las exploraciones psicológicas eran las historias del doctor David H. Keller, que quedaban muy por debajo de los niveles alcanzados por, digamos, un Dostoievski o un Kafka.

Un recopilador nunca debe mostrar favoritismos. Sin embargo, por mi admiración hacia la historia que están ustedes a punto de leer, por mi incredulidad hacia su pirotécnico estilo, por mis celos ante la riqueza del pensamiento y la excelencia de la estructura, me siento impulsado a decir que ésta no es solamente la historia más larga del libro, sino también, y con mucho, la mejor. No, digamos la más hermosa. Es una joya con un brillo tal que al examinarla y leerla de nuevo revelará faceta tras faceta, ramificación tras ramificación, alegría tras deleite, cosas que sólo fueron parcialmente entrevistas la primera vez. La explicación de las bases de esta historia está completamente detallada en el excelente epílogo de Farmer, y cualquier otro intento de efectuar un comentario original y profundo acerca de lo que ha querido decir sería ridículo. El autor habla por sí mismo mejor que cualquier otro. Me gustaría sin embargo tomarme un instante para señalar los tres elementos de la obra general de Farmer que creo necesitan una explicación.

El primero es su valor. Frente a los rechazos de editores que no son siquiera dignos de llevar su estuche para lápices, él ha insistido en seguir escribiendo historias que exigían considerable concentración cerebral y el rechazo de anteriores formas de pensamiento. Aunque su obra ha tenido que enfrentarse con las sorprendidas miradas de lectores acostumbrados a historias de conejitos rosas y blancos, ha seguido ofreciendo una tras otra sus visiones peligrosas. Sabiendo que podría ganarse mucho mejor su vida escribiendo sandeces, sabiendo que cuanto más profundos o inquietantes fueran sus argumentos más despertarían la animosidad y la estupidez, ha seguido firme en su estilo, sus concepciones, su musa, si ustedes quieren.

El segundo es su incapacidad de dejar escapar una idea. El más pequeño destello de un concepto lo arrastra más y más lejos hacia extrapolaciones y consecuencias de las que autores menores extraerían toda una tetralogía. Se halla en la gran tradición de todos los pensadores originales. No hay misterio demasiado complejo para que Farmer no extraiga todas sus consecuencias. Ninguna línea de pensamiento le es lo bastante extraña como para no intentar revalorizarla con los instrumentos de la lógica. Ninguna historia es demasiado grande para que él no la escriba, ningún personaje demasiado oscuro para que él no lo incorpore, ningún universo demasiado distante para que él no lo explore. Trágicamente, mientras Farmer escribe inmensas órbitas en tomo a talentos mucho menores que examinan de modo interminable los piojos en sus barbudas reputaciones, el campo en el que él ha elegido mostrar sus talentos lo ignora casi por completo.

El tercero es su estilo. Que nunca es dos veces igual. Que crece geométricamente con cada nueva historia. Que exige del lector una especie de masticación intelectual reservada a la mejor literatura. Su obra es como un bistec, que debe ser masticado cuidadosamente y digerido; no como un budín de tapioca, que puede ser tragado con facilidad aunque no se tengan dientes.

Me doy cuenta de que me he alargado más de lo que pretendía. El lector puede echarle la culpa al entusiasmo del recopilador hacia la historia que sigue. Fue sometida al comité, por supuesto, como lo fueron todas las demás aquí reunidas. Pero cuando estaba terminada, Farmer acudió solicitando que se le permitiera reescribirla, ampliarla, sin ningún pago adicional, puesto que las ideas que contenía necesitaban una mayor expansión. Farmer fue pagado, naturalmente, y se hizo la nueva versión. Pero no fue pagado suficientemente de acuerdo con lo que se merecía. No puede estimarse en su justo valor la originalidad, el verbo y la penetrante visión de futuro que contiene.

Si Julio Verne hubiera podido realmente ver

el futuro, por ejemplo en 1966 d. C., se hubiera

cagado en los calzoncillos. Y en 2166, ¡la leche!

De

Cómo mamé del Tío Sam y

otras eyaculaciones privadas, memorias inéditas del Abuelo Winnegan.

El gallo que cantaba para atrás

In y Sub, los gigantes, lo muelen para hacer pan.

Rotos fragmentos flotan, a través del vino del sueño. Grandes pies aplastan uvas abisales para e' sacramento del íncubo.

Él, como Simón, pesca en su alma, mar en que mora el leviatán.

Gime, casi se despierta, se da la vuelta sudando océanos negros y gime otra vez. In y Sub, poniendo manos a la obra, giran las ruedas de piedra del molino hundido y murmuran "fái, fái, fou, fom". Ojos brillando, color rojo-naranja como los de una gata al parir en su madriguera; dientes romos, dígitos blancos en la aritmética de las tinieblas.

In y Sub, también como Simón, mezclan activamente metáforas inconscientes.

Colina de estiércol y el huevo del gallo: el basilisco se levanta y canta, primera vez de tres, en la hinchazón de sangre de yo soy la erección y el coito.

La hinchazón crece y crece hasta que peso y longitud se combinan para curvarse allá arriba, como un sauce todavía no llorón poco de fiar. La roja cabeza cíclope se asoma por el borde de la cama. Descansa su mandíbula barbilampiña; después, hinchándose, se desliza arriba y abajo. Mirando con un solo ojo aquí y allá, olfatea arcaicamente el suelo y se encamina hacia la puerta, dejada abierta por el *lapsus linguae* de centinelas perezosos.

Un gruñido en el centro de la habitación lo hace volverse. El asno de tres patas, caballete de Baal, está rebuznando. En el caballete está el "lienzo", un cuenco oval poco profundo de plástico irradiado, especialmente tratado. El lienzo tiene dos metros de alto y

cincuenta centímetros de profundidad. El cuadro representa una escena que debe estar terminada mañana.

Medio escultura medio dibujo, las figuras están en altorrelieve, redondeadas, unas más cerca del fondo del cuenco que otras. Brillan con la luz exterior y también gracias al plástico, luminoso por sí mismo, del lienzo. La luz parece penetrar en las figuras, mojarlas un poco, después desvanecerse. La luz es de un color rojo pálido, el

rojo del alba, de la sangre aguada con lágrimas, de la ira, de la tinta en el capítulo "debe" del libro Mayor.

Este cuadro pertenece a su Serie del Perro: *Dogmas de un perro, La batalla aérea del perro, Los días del perro. El perro del Sol, El perro invertido, El perro de los escombros, Criadillas de perro, El cazador de perros, El mastín yacente, El perro del ángulo recto e Improvisaciones sobre un perro.*

Sócrates, Ben Johnson, Cellini, Swedenborg, Li Po y Hiawatha están de juerga en la Taberna de la Sirena. Por una ventana se ve a Dédalo en lo alto de las almenas de Cnoseus, metiéndole un cohete en el culo a su hijo Icaro para proporcionarle un despegue de propulsión a chorro para su famoso vuelo. En un rincón se agazapa Og, hijo del Fuego. Roe un hueso de tigre "dientes de sable" y dibuja bisontes y mamuts en el yeso enmohecido. La camarera, Atenea, se inclina sobre la mesa en la que sirve néctar y galletas a sus distinguidos clientes. Aristóteles, con cuernos de cabra, está tras ella. Le ha levantado la falda y la está topeteando por detrás. Las cenizas del cigarrillo que oscila entre sus labios, que sonríen tontamente, han caído en la falda, que empieza a humear. En la puerta de los servicios de caballeros un Batman borracho sucumbe a un deseo largo tiempo reprimido e intenta violar a Robín. Por otra ventana se ve un lago sobre cuya superficie camina un hombre, con un halo verde

deslucido flotando sobre su cabeza. Tras él, un periscopio sale del agua.

Prensil, el pene se enrolla alrededor del pincel y comienza a pintar. El pincel es un pequeño cilindro, conectado por uno de sus extremos a una manguera que va a una máquina con forma de cúpula. Por el otro extremo del cilindro asoma la embocadura de la manguera. Su apertura puede ser regulada girando un botón en el cilindro. Varios botones adicionales controlan el espesor de salida—desde fina aspersión a grueso chorro—, así como el color y el matiz.

Furiosamente, proboscídeo, dibuja otra figura capa a capa. Luego capta un mustio olor a moho, deja el pincel y se desliza, atravesando la puerta y siguiendo la curvatura de la pared de la habitación ovalada, describiendo la ondulación de las criaturas sin patas: un garabato en la arena que todos pueden leer pero pocos comprenden. La sangre late al mismo ritmo que los molinos de In y Sub para alimentar y emborrachar al reptil de sangre caliente. Pero las paredes, detectando la masa intrusa y el deseo de eyección, brillan.

Él gime, y la cobra glandular se levanta y se agita por la emoción de su deseo de ocultación. ¡Que no haya luz! La noche debe ser su embozo. Se apresura al pasar junto al dormitorio materno, más cerca de la salida. ¡Ah! Suspira suavemente con alivio, pero el aire silba por la boca apretada y vertical, anunciando la salida del rápido a Desideratum.

La puerta es antigua: tiene cerradura de llave. ¡Rápido! Sube por la rampa y sale de la casa a través del ojo de la cerradura, hasta la calle. Alguien aborda a una puta, una joven con cabello plateado fosforescente y labios haciendo juego.

Sale, baja por la calle y se le enrolla a un tobillo. Ella mira hacia abajo con sorpresa, y luego con miedo. A él le gusta eso; demasiadas tienen demasiadas ganas. Ha encontrado un as entre la paja.

Sube, por la pierna suave como oreja de gato, se enrosca más y más, se desliza sobre el valle de la ingle. Acaricia los tiernos pelos ondulados y después, medio Tántalo, contornea la leve convexidad del vientre, dice "hola" al ombligo, lo aprieta para tocar el timbre, se enrosca alrededor de la estrecha cintura y, tímida y rápidamente, arrebata un beso de cada pezón. Después vuelve abajo para formar una expedición que escale la vagina y plante la bandera en la matriz.

¡Oh, tabú delicioso y enfermedad sacrosanta! Hay un niño allí, ectoplasma comenzando a formarse en ávida espera de realidad. Cae, óvulo, y recorre los toboganes de carne; apresúrate para engullir al afortunado micro-Moby Dick, expulsando a sus millones de hermanos: supervivencia del más apto.

Un, fuerte graznido llena la habitación. El aliento cálido hiela la piel. El suda. El fuselaje tumoroso se reviste de carámbanos y se dobla bajo el peso del hielo; la niebla remolinea alrededor, silbando por los recodos; los alerones y elevadores están bloqueados por el hielo y él pierde altura rápidamente. ¡Arriba, arriba! Venusberg enfrente, en algún lugar entre la niebla; Tannhauser, toca las trompetas, alza tus llamas. Estoy saltando del trampolín.

La puerta de la madre se ha abierto. Un sapo acuclillado llena el umbral ovalado. Su papada sube y baja como al croar; su boca sin dientes balbucea: "ginungagap". La lengua bífida se dispara y se enrosca alrededor del cerdo constrictor. El grita con ambas bocas y escupe aquí y allá. Corren las ondas de eyección. Dos garras nervudas se doblan y hacen en el cuerpo que cae un nudo; corredizo, desde luego.

La mujer corre. ¡Espérame! El torrente que sale brama, se estrella contra el nudo, ruge de rebote, chocan flujo y reflujo. Demasiado caudal y un solo cauce. Escupetea, el firmamento de agua se desploma, no hay arca de Noé; estalla como una nova, una explosión de millones de meteoritos retorciéndose y brillando, destellos en el cuenco de la existencia.

Llega el reinado del muslo. Ingle y vientre encajonados en mohosa armadura, y él frío, húmedo y temblando.

La patente de Dios sobre el alba expira

... Habla para vosotros Alfred Melophon Voxpopper, de los Empujones de la Aurora y la Hora del Café, canal 69B. Versos grabados durante la L Exposición y Competición anual del Centro de Arte Popular, Beverly Hills, nivel 14. Pronunciadas por Omar Bacchylides Runic, improvisadamente, si no tenéis en cuenta algunas meditaciones previas durante la velada de la víspera en la taberna particular El Universo Privado; y podéis hacerlo, porque Runic no recordaba lo más mínimo de esa velada. A pesar de lo cual ganó la Primera Corona

de Laurel A; no hay Segunda, ni Tercera, etc., y las coronas se clasifican de la A a la Z; Dios bendiga nuestra democracia:

Un salmón gris rosado escalando las cascadas de la noche

hacia el remanso de la procreación de un nuevo día.

Alba: el rojo bramido del toro solar

embistiendo contra el horizonte.

La sangre fotónica de la noche sangrante,

apuñalada por el Sol asesino.

Y así durante cincuenta líneas puntuadas y separadas por vítores, aplausos, abucheos, siseos y gemidos.

Chib está medio despierto. Mira hacia abajo, a la oscuridad que disminuye conforme el sueño se aleja rugiendo por el túnel del Metro. Mira por entre párpados medio abiertos a la otra realidad: la conciencia.

—¡Que pierda la vista!—gruñó como Moisés; y al recordar sus largas barbas y cuernos (cortesía de Miguel Angel), piensa en su tatarabuelo.

La voluntad, como una palanqueta, obliga a sus párpados a abrirse. Ve la pantalla del fido que recorre la pared frente a él y se curva hasta la mitad del techo. El alba, paladín del Sol, abate su gris guantelete.

El canal 69B, TU CANAL FAVORITO, exclusivo para LA, te anuncia el amanecer (decepción profunda. Amanecer de una naturaleza falsa, modelado en la pantalla con electrones producidos por aparatos formados por el hombre).

¡Levántate con el Sol en el corazón y una canción en los labios! ¡Penetra en los versos convulsos de Omar Runic! ¡Mira el alba, como los pájaros en los árboles, como Dios, mírala!

Voxpopper recita los versos despacio mientras Anitra, de Grieg, fluye suavemente. El viejo noruego nunca soñó con un auditorio tan grande y tan bueno. Un joven, Chibiabos Elgreco Winnegan, tiene una mecha empapada, cortesía de un antiguo manantial en el campo de petróleo del subconsciente.

—Mueve el culo y ve a tu puesto—dice Chib—. Pegaso vuela hoy.

Habla, piensa, vive en el presente tensamente.

Chib salta de la cama y la oculta en la pared. Salir de la cama resbalando, arrugado como la lengua de un viejo borracho, rompería la estética de su habitación, destruiría esa curva que es el reflejo del Universo básico y lo perturbaría en su trabajo.

La habitación es un gran ovoide. En un rincón hay un ovoide más pequeño con el lavabo y la ducha. Sale de él con la apariencia de uno de los semidioses aqueos de Homero, masivamente musculado, de grandes brazos, piel de un moreno dorado, ojos azules y pelo marrón, aunque sin barba. Suena el timbre del fido como el croar de unas ranas de árbol sudamericanas que una vez oyó en el canal 122.

"¡Ábrete, Sésamo!"

Inter caecos regnat luscus

La cara de Rex se extiende por la pantalla del fido; los poros de su piel son como los cráteres de un campo de batalla de la I Guerra Mundial. Lleva un monóculo negro sobre el ojo izquierdo, arrancado en una discusión entre críticos de arte durante la Serie de Lecturas *Me gusta Rembrandt* en el canal 109. Aunque tiene suficiente influencia para conseguir prioridad de sustitución de ojos, ha rehusado.

—Inter caecos regnat luscus—dice cuando le preguntan, y a menudo cuando no—. Traducción: en el país de los ciegos, el tuerto es rey. Por eso tomó el nombre de Rex Luscus, es decir Rey Tuerto.

Corre un rumor, propagado por Luscus, según el cual permitirá a los biomuchachos ponerle un ojo proteico artificial cuando vea las obras de un artista lo suficientemente grande como para justificar visión bifocal. Se rumorea también que podría hacerlo pronto, debido a su descubrimiento de Chibiabos Elgreco Winnegan.

Luscus mira ávidamente (alabando con adverbios) las formas de Chib. Éste se hincha, no de placer sino de ira.

Luscus dice blandamente.

—Querido, quería asegurarme de que te habías levantado y preparado para los asuntos tremendamente importantes de hoy. ¡Debes estar listo para la exposición! Pero, ahora que te veo, me acuerdo de que aún no he comido. ¿Qué te parece desayunar conmigo?

—¿Desayunar qué?—dice Chib. No espera la respuesta—. No. Tengo demasiado que hacer hoy. ¡Ciérrate, sésamo!

La cara de cabra o, tal como él prefiere describirla, la cara de Pan de Rex Luscus, Fauno de las Artes, se desvanece. Incluso se ha hecho adornar las orejas. Realmente encantador.

—¡Beeeee! —se burla Chib del fantasma—. ¡Bah! ¡Cínico! ¡Nunca te besaré el culo, Luscus, ni te dejaré besármelo a mí! ¡Aunque pierda el premio!

El timbre suena de nuevo. Aparece la cara oscura de Halcón Rojo Rousseau. Su nariz es aguileña y sus ojos como vidrio negro roto. Su ancha frente está rodeada por una cinta roja,

que sujeta el liso cabello negro que le cae hasta los hombros. Su chaquetilla es de piel de gamo; un collar de cuentas, atado como una corbata de lazo,

le cuelga del cuello. Tiene el aspecto de un verdadero indio norteamericano, aunque Toro Sentado, Caballo Loco o el menos noble Perfil Griego de aquéllos le hubiera echado de la tribu a patadas. No es que fueran antisemíticos, es sólo que no hubieran podido respetar a un bravo a quien los caballos producirían urticaria alérgica.

Nacido Julius Applebaum, se convirtió legalmente en Halcón Rojo Rousseau en su Día del Nombre. Apenas volver del bosque, renaturalizado, arma juerga ahora en las sucias cacerolas de carne de una civilización decadente.

—¿Cómo estás, Chib? La panda se pregunta cuándo vendrás.

—¿Con vosotros? Aún no he desayunado, y tengo que hacer mil cosas para prepararme para la exposición. ¡Os veré a mediodía!

Rousseau se desvanece como el último de los pieles rojas.

El intercom silba precisamente cuando Chib va a desayunar. ¡Abrete, sésamo! Chib ve en la pantalla la sala de estar. Remolinea el humo, demasiado denso y furioso para que lo disuelva el acondicionador de aire. En el extremo más lejano del ovoide, sus pequeños hermanastros y hermanastras duermen en el sofá. Jugando a Mamá-y-su-amigo, se han dormido, las bocas abiertas en bendita inocencia, hermosos como sólo pueden serlo los niños dormidos.

Frente a los cerrados ojos de cada uno hay un ojo, que no parpadea, como el de un cíclope de Mongolia.

—¿No son conmovedores?—dice Mamá—. Los pobrecitos estaban demasiado cansados para irse a la cama.

La mesa es redonda. Los viejos y solteronas se han reunido a su alrededor para la última batalla de rey, caballo, sota y as. Sus armaduras son sólo capas y capas de grasa. Las mejillas de Mamá cuelgan como banderas en un día sin viento. Sus pechos se deslizan y tiemblan sobre la mesa, se inclinan y se agitan.

—Partida de tahúres—dice Chib en voz alta, mirando las gruesas caras, los tremendos pechos, las nalgas exuberantes.

Ellos levantan las cejas.

—¿De qué coño habla ahora el genio loco?

—¿Es realmente subnormal tu hijo?—dice uno de los amigos de Mamá, y ellos ríen y beben más cerveza.

Angela Ninon, no queriendo dejar de intervenir, e imaginando que Mamá pronto pondrá en marcha los aspersores, se mea piernas abajo. Se ríen, y Guillermo el Conquistador dice:

—Abro.

—Yo siempre estoy abierta—dice Mamá, y ellos chillan de risa.

Chib quisiera llorar. No lo hace, aunque lo han animado desde su infancia a llorar siempre que le apetezca.

Te hace sentir mejor. Y fijate en los vikingos, qué hombres eran, y lloraban como niños cuando tenían ganas.

Él no llora porque se siente como un hombre que recuerda a la madre a quien amaba y que murió, pero hace mucho tiempo. Su madre ha sido enterrada profundamente bajo un alud de carne. Cuando él tenía 16 años, había tenido una madre encantadora.

Entonces ella dejó de cuidarlo.

Familia que mama, familia que crece

—Hijito, yo no saco nada de esto. Lo hago sólo porque te quiero.

¡Después, grasa, grasa, grasa! ¿Dónde se fue? Hundida en el abismo de la adiposis. Desapareciendo conforme aumentaba de volumen.

—Hijito, por lo menos podrías discutir conmigo un poco de vez en cuando.

—Me dejaste, Mamá. De acuerdo. Soy un hombre ahora. Pero no tienes derecho a esperar de mí que resucite aquello.

—¡Ya no me quieres!

—¿Qué hay de desayuno, Mamá?—dice Chib.

—Ahora tengo buenas cartas, Chibby—dice Mamá—. Como has dicho muchas veces, eres un hombre. Sólo por esta vez, hazte tu propio desayuno.

—¿Para qué me llamaste?

—Olvidé cuando empieza la exposición. Quería dormir algo antes de ir.

—A las dos y media, Mamá, pero no tienes obligación de ir.

—Oh, quiero estar presente. No quiero perderme los triunfos artísticos de mi propio hijo. ¿Crees que ganarás el premio?

—Si no, ahí está Egipto—dice él.

—¡Esos apestosos árabes!—dice Guillermo el Conquistador.

—Es la Oficina quien lo hace, no los árabes. Los árabes emigraron por la misma causa que puede hacernos emigrar a nosotros —dice Chib.

Quién hubiera pensado que Beverly Hills se v

olvería antisemítico?

—¡No quiero ir a Egipto!—llora Mamá—. Tienes que ganar ese premio, Chibby. No quiero dejar el Nido. Nací y crecí aquí, bueno, en el décimo nivel, y cuando me mudé también lo hicieron todos mis amigos. ¡No iré!

—No llores, Mamá—dice Chib, sintiendo pena a su pesar—. No llores. El gobierno no te puede obligar a ir, ya sabes. Tienes unos derechos.

—Si quieres seguir teniendo golosinas, irás—dice Guillermo el Conquistador—. A menos que Chib gane el premio, claro. Y yo no le echaría en cara que ni siquiera intentara ganarlo. No es culpa suya que tú no le sepas decir "no" al Tío Sam. Tienes tu sueldo y lo que gana Chib vendiendo sus cuadros. Todavía no es suficiente.

Gastas más de prisa que ganas.

Mamá le grita con furia a Guillermo, y se van. Chib desconecta el fido. A la mierda con el desayuno; comerá después. Su último cuadro para el Festival debe estar terminado a mediodía. Aprieta una placa y la desnuda habitación oval se abre aquí y allá, y surgen equipos de pintura como un regalo de los dioses electrónicos. Zeuxis se desmayaría y Van Gogh compartiría su excitación si pudieran ver el lienzo, la paleta y el pincel que usa Chib.

El proceso de pintar incluye el doblar y torcer individualmente miles de alambres, dándoles diferentes formas, y colocarlos a diversas profundidades. Los hilos son tal delgados que sólo pueden ser vistos con amplificadores y manipulados con tenacillas extremadamente delicadas. De ahí las gafas de aumento que usa Chib y la larga herramienta, casi tan delgada como un hilo de araña, que lleva en la mano durante las primeras etapas de la creación de un cuadro. Tras cientos de horas de lento y paciente trabajo (de amor), los cables están preparados.

Chib se quita las gafas para ver el efecto general. Entonces utiliza el aspersor de pintura para cubrir los hilos con los colores y matices que desea. La pintura se endurece en pocos minutos. Chib conecta conductores eléctricos al cuenco y aprieta un botón para enviar una leve descarga por los hilos. Éstos brillan bajo la pintura y, fusibles liliputienses, desaparecen entre humo azul.

El resultado es una obra tridimensional compuesta de duras cáscaras de pintura en varios niveles bajo el revestimiento exterior. Las cáscaras son de diversos grosores, pero todas tan delgadas que la luz las atraviesa desde el nivel más alto al más interno cuando el cuadro es girado en ángulos. Partes de las cáscaras son simplemente reflectores para intensificar la luz, con el fin de que las imágenes internas sean más visibles.

Cuando el cuadro se expone al público, está en un pedestal móvil que gira 12º a la izquierda del centro y luego 12º a la derecha.

El fido suena. Chib, maldiciendo, piensa en desconectarlo. Por lo menos, no es el intercom de su madre llamando histéricamente. Bueno, no todavía. No tardará en llamar si pierde mucho al póker.

¡Abrete sésamo!

Cantad, maullad al Tío Sam

> *Escribe el Abuelo en sus Eyaculaciones Privadas: 25 años después de mi huida con 20.000 millones de dólares y de mi muerte aparente de un ataque al corazón, Falco Accipiter está de nuevo sobre mi pista. El detective de la O. R. 1. que tomó el nombre de Halcón Cazador cuando ingresó en su profesión. ¡Menudo ególatra! De todas formas, es tan agudo de vista e inflexible como un ave de presa, y yo temblaría si no fuera demasiado viejo para temer a los simples seres humanos. ¿Quién le quitó cadena y capucha? ¿Cómo encontró el viejo y frío rastro?*

La cara de Accipiter es la de un halcón demasiado desconfiado que intenta mirar a todas partes al cernerse, y mira en su propio ano para asegurarse de que ningún pato se ha refugiado allí. Los pálidos ojos azules lanzan miradas como cuchillos escondidos en la manga de la camisa que se arrojan con un giro de la muñeca. Lo exploran todo con percepción sherlokiana de la minucia y del detalle significativo.

Su cabeza gira a ambos lados, las orejas moviéndose, las ventanas de la nariz aleteando, todo radar y sonar y odar.

—Señor Winnegan, siento llamarle tan temprano. ¿Le he sacado de la cama?

—¡Es evidente que no!—dice Chib—. No se moleste en presentarse. Le conozco. Lleva tres días siguiéndome.

Accipiter no se sonroja. Maestro en autocontrol, se guarda todo el rubor en las profundidades de las tripas, donde nadie pueda verlo.

—Si me conoce, quizá pueda decirme por qué le llamo...

—¿Iba a ser yo tan bocazas como para decírselo?

—Señor Winnegan, me gustaría hablar con usted respecto a su tatarabuelo.

—¡Lleva 25 años muerto!—grita Chi~ Olvídelo Y no me moleste. No intente conseguir una orden de registro; ningún juez se la daría. La casa de un hombre es su costilla..., quiero decir castillo.

Piensa en Mamá y en el día que le va a dar a menos que se vaya pronto. Pero tiene que acabar el cuadro.

—¡Esfúmese, Accipiter!—dice Chib—. Creo que daré parte de usted a la BPHR. Estoy seguro de que lleva un fido en su estúpido sombrero.

La cara de Accipiter permanece tan lisa e inmóvil como una escultura en alabastro del dios halcón Horus. Puede tener algo de gas retorciéndole los intestinos De ser así, lo expulsa sin que se note.

—Muy bien, señor Winnegan. Pero no se va a librar de mí tan fácilmente. Al fin y al cabo...

—¡Esfúmese!

El intercom silba tres veces. Es la señal de que llama el Abuelo.

—Estaba espiando—dice la voz de 120 años de edad, hueca y profunda como el eco en la tumba de un faraón—. Quiero verte antes de que te vayas. Bueno, si es que puedes dedicar algunos minutos al Viejo de los Rompecabezas.

—Eso siempre, Abuelo—dice Chib, pensando cuánto quiere al anciano—. ¿Necesitas comida?

—Sí, y también para la mente.

Der Tag. Dies irae. Götterdämmerung. Armagedón. Las cosas están llegando a su fin. Día de hacer o de romper. Tiempo de ir y no ir. Todas estas llamadas y la sensación de algo más que está al caer. ¿Qué traerá el final del día?

El comprimido del sol se desliza

en la dolorida garganta de la noche

Chib camina hacia la puerta convexa que se hunde, enrollándose, en dos ranuras de las paredes. El centro de la casa es la habitación familiar, oval. En el primer cuadrante, en el sentido de las agujas del reloj, está la cocina, separada de la habitación familiar por biombos de seis metros de altura decorados por Chib con escenas de tumbas egipcias: su opinión demasiado sutil de la comida moderna. Siete delgadas columnas alrededor de la sala marcan los límites de habitación y pasillo. Entre las columnas hay más biombos altos, pintados por Chib durante su Época de la Mitología Amerindia.

El pasillo tiene también forma oval; todas las habitaciones de la casa se abren a él. Hay siete habitaciones; seis de ellas son combinaciones de dormitorio, despacho, estudio, lavabo y ducha. La séptima es un cuarto trastero.

Pequeños huevos en huevos mayores en grandes huevos en un megamonolito en una pera planetaria en un universo oval: la más reciente cosmogonía, que indica que el infinito tiene la forma del producto de la gallina. Dios empolla sobre el abismo y cacarea cada trillón de años o así.

Chib atraviesa el recibidor, pasa entre dos columnas esculpidas por él en forma de cariátides nínficas y entra en la habitación familiar. Su madre le mira de reojo, pensando que se acerca a pasos agigantados a la locura, si no ha alcanzado ya su umbral. Es culpa de ella, en parte; no debería haberse enfadado y haber terminado Aquello en un momento de chifladura. Ahora es gorda y fea, oh, Dios, tan gorda y tan fea... No puede esperar razonablemente, ni siquiera irrazonablemente, empezar de nuevo.

Es natural, se dice suspirando, resentida y lagrimeante, que haya abandonado el amor de su madre por las delicias extrañas, firmes, de las formas de las jóvenes. Pero ¿dejarlas a ellas también? El no es un narciso. Dejó todo eso a los 13 años. Entonces ¿cuál es la razón de su castidad? Tampoco usa el fornixator, cosa que ella podría comprender aunque no lo aprobara.

«Oh, Dios, ¿en qué me equivoqué? Y sin embargo, no tengo nada de malo. Está enloqueciendo como su padre, Raleigh Renacimiento creo que se llamaba, y su tía y su tatarabuelo. Es por culpa de toda esa pintura y todos esos extremistas, los Jóvenes Rábanos, con los que se mezcla. Es demasiado artista, demasiado sensible. Oh, Dios, si le ocurre algo a mi hijito tendré que ir a Egipto.»

Chib conoce sus pensamientos, porque ella los ha pronunciado muchas veces y no es capaz de tenerlos nuevos. Pasa junto a la mesa redonda sin decir una palabra. Los caballeros y doncellas del Camelot en lata le miran a través de un velo de cerveza.

En la cocina, abre una puerta oval en la pared. Saca una bandeja con platos y tazas de comida tapados y envueltos en plástico.

—¿No vas a comer con nosotros?

—No te quejes, Mamá—dice él, y vuelve a su habitación para coger algunos cigarros para su Abuelo.

La puerta—que debería detectar, amplificar y transmitir la móvil pero reconocible aura de campos eléctricos epidérmicos al mecanismo de apertura—falla. Chib está demasiado alterado. Remolinos magnéticos se enfurecen sobre su piel y distorsionan la configuración espectral. La puerta se abre a medias, se cierra, cambia de opinión de nuevo, se abre, se cierra.

Chib le da una patada y queda totalmente bloqueada. Decide ponerle un "sésamo" verbal o visual. El problema es que le faltan piezas y cupones y no puede comprar los materiales. Se encoge de hombros, camina a lo largo del recibidor curvo, de una sola pared, y se detiene ante la puerta del Abuelo, oculta de la vista de los del salón por los biombos de la cocina. Chib recita la contraseña:

Pues cantó de paz y libertad,

cantó de belleza, amor y deseo;

cantó de muerte, y de vida inmortal

en las Islas de los Benditos,

en el Reino de Ponemah,

en la tierra de A Partir de Ahora.

Muy querido por Hiawatha

era el gentil Chibiabos.

La puerta se abre, enrollándose sobre sí misma hacia atrás.

Una luz amarillo rojiza, creación del propio Abuelo, sale por la puerta oval, convexa. Mirar a su través es como mirar en las pupilas de un loco. El Abuelo, en el centro de la habitación, tiene una barba blanca que le llega hasta medio muslo, y su cabello blanco le cae en cascada hasta debajo de las rodillas. Aunque barba y cabello ocultan su desnudez y no está en público, lleva zapatos. El Abuelo es un poco chapado a la antigua, cosa excusable en un hombre de doce decadencias de edad.

Como Rex Luscus, es tuerto. Sonríe con sus propios dientes, crecidos a partir de brotes trasplantados hace 30 años. Un gran cigarro verde cuelga de una esquina de su roja y llena boca. Su nariz es ancha y sucia como si el tiempo la hubiera aplastado con un pesado pie. Su frente y mejillas son anchas, quizás a causa de algo de sangre Ojibway en sus venas, aunque nació Finnegan e incluso suda célticamente, soltando un olor a güisqui. Mantiene la cabeza alta, y el ojo azul gris es como un charco en el fondo de una cuenca antediluviana, resto de un glaciar fundido.

En conjunto, el rostro del Abuelo es el de Odín al volver de las Fuentes de Mimir, preguntándose si ha pagado un precio demasiado alto. O el de la Esfinge de Gizeh, golpeado por el viento y comido por la arena.

—Parafraseando a Napoleón, cuarenta siglos de histeria nos contemplan—dice el Abuelo—. La cabeza de piedra de los eones. "¿Qué es entonces el Hombre?", dijo la Nueva Esfinge, habiendo resuelto Edipo la pregunta de la Vieja Esfinge (sin solucionar nada, porque Ella ya había parido otra de su especie, una niña de culo escocido con una pregunta que nadie ha sido capaz de contestar todavía. Y quizá no puede ser contestada).

—Hablas de un modo raro—dice Chib—, pero me gusta.

Sonríe al Abuelo, queriéndole.

—Te arrastras hasta aquí cada día, no tanto por amor a mí como para ganar conocimiento y perspicacia. Lo he visto y oído todo, y he pensado algo más que un poco. Viajé mucho, antes de refugiarme en esta habitación hace un cuarto de siglo. Y sin embargo, mi confinamiento aquí ha sido la mayor Odisea de todas.

»El viejo marinero

»me llamo a mí mismo. Un escabeche de sabiduría ha saturado la disolución de cinismo demasiado salado y vida demasiado larga.

—Sonríes como si acabaras de gozar de una mujer—se guasea Chib.

—No, hijo mío. Perdí la tensión en mi verga hace treinta años. Y doy gracias a Dios por ello, ya que me aleja de la tentación de fornicar, por no hablar de la masturbación. Sin embargo, me quedan otras energías, y por tanto intención de otros pecados, y éstos son incluso más importantes.

»Junto al pecado de la realización sexual, que paradójicamente incluye el de la emisión sexual, tenía otras razones para no solicitar de esa Vieja Ciencia de la Magia Negra fuerzas para excitarme de nuevo. Era demasiado viejo para atraer a las jóvenes excepto con dinero. Y era demasiado poeta, amante de la belleza, para acostarme con las arrugadas vejigas de mi generación o de varias anteriores a la mía.

»Así que ya ves, hijo mío. Mi badajo se balancea flojamente en la campana de mi sexo. Ding, dong, ding, dong. Mucho dong pero poco ding.

El Abuelo ríe profundamente, un rugido de león con rocío de palomas.

—No soy sino el portavoz de los antiguos, un picapleitos que gime por clientes muertos tiempo ha. Venido no a esconderme sino a realizarme, y forzado por mi sentido de la honradez a admitir las faltas del pasado, también. Soy un viejo extraño y encorvado, inquilino como Merlín en su tronco de árbol. Samolxis, el dios oso tracio, hibernando en su cueva. El último de los Siete Durmientes.

El Abuelo se dirige al delgado tubo de plástico que cuelga del techo y baja las empuñaduras plegables del visor.

—Accipiter se cierne al exterior de nuestra casa. Olfatea algo podrido en Beverly Hills, nivel 14. ¿Es posible que Vuelvoaganar Winnegan no haya muerto? El Tío Sam es como un diplodocus golpeado en el culo. Hacen falta 25 años para que el mensaje alcance su cerebro.

Unas lágrimas aparecen en los ojos de Chib. Dice:

—Oh, Dios, Abuelo, no quiero que te ocurra nada.

—¿Qué podría ocurrirle a un viejo de ciento veinte años aparte de fallarle el cerebro o los riñones?

—Con el debido respeto, Abuelo—dice Chib—, estás parloteando.

—Llámame Molino de la Identidad—dice el Abuelo—. La harina que produzco es cocida en el extraño horno de mi ego; o medio cocida, si lo prefieres.

Chib sonríe tras sus lágrimas y dice:

—Me enseñaron en el colegio que los juegos de palabras son baratos y vulgares.

—Lo que es bastante bueno para Homero, Aristófanes, Rabelais y Shakespeare lo es para mí. A propósito, hablando de barato y vulgar, me encontré con tu madre en el recibidor anoche, antes de empezar la partida de póker. Yo salía de la cocina con una botella de licor. Casi se desmayó. Pero se recuperó rápidamente e hizo como si no me viera. Quizá pensó que había visto un fantasma. Lo dudo. Lo hubiera chismorreado por toda la ciudad.

—Puede habérselo dicho a su médico—dice Chib—. Te vio hace varias semanas, ¿te acuerdas? Puede haberlo mencionado al quejarse de sus supuestas visiones y alucinaciones.

—Y el viejo matasanos, conociendo la historia de la familia llamó a la O.R.I. Puede ser.

Chib mira por el visor del periscopio. Lo hace girar y mueve los botones de las empuñaduras para levantar y bajar el cíclope del extremo del tubo exterior. Accipiter ronda por el Nido de siete huevos, cada uno en el extremo de una de las anchas escaleras ligeramente curvadas que se extienden ramificándose desde el pedestal central.

Accipiter sube los escalones de una rama hasta la puerta de la señora Applebaum. La puerta se abre.

=Debe de haberla sacado del fornixator —dice Chib—. Y ella debe de encontrarse sola; no le habla por el fido. ¡Dios mío, es más gorda que Mamá!

—¿Por qué no?—dice el Abuelo—. El señor y la señora Cualquiera están sentados todo el día, comen, beben y ven fido, y sus cerebros se convierten en mierda y sus cuerpos en barro. César no hubiera tenido problemas, rodeándose de gordos amigos, en estos días. ¿Tú también comiste, Bruto?

El comentario del Abuelo, sin embargo, no debería aplicarse a la señora Applebaum. Tiene un conducto en la cabeza, y la gente adicta a la fornixación raramente engorda. Se quedan sentados o acostados durante todo el día y parte de la noche, con la aguja clavada en la zona de fornixación del cerebro enviando una serie de pequeñas sacudidas eléctricas. Un éxtasis indescriptible fluye por sus cuerpos con cada impulso, delicia mucho mayor que cualquier placer de comida, bebida o sexo. Es ilegal, pero el gobierno nunca molesta a un usuario a menos que le necesite para alguna otra cosa, ya que un fórnico raras veces tiene hijos. Un 20 % de la población de LA se ha hecho perforar un agujero en la cabeza e insertar un delgado canal para el acceso de la aguja. El 5 % son adictos; se consumen, comiendo de tarde en tarde, con las vejigas hinchadas y vertiendo venenos en la corriente sanguínea.

—Mi hermano y mi hermana deben de haberte visto a veces cuando salías a por provisiones—dice Chib.

—Ellos también creen que soy un fantasma. ¡A estas alturas! Pero quizás es una buena señal el que puedan creer en algo, aunque sea en un espectro.

—Será mejor que dejes de escaparte a la iglesia.

—La Iglesia y tú sois lo único que me mantiene en marcha. Aunque fue un día triste, cuando me dijiste que no podías creer. Hubieras sido un buen sacerdote, con defectos, desde luego, y yo hubiera podido tener misa y confesión privadas en esta habitación.

Chib no dice nada. Fue a misa y participó en los servicios sólo para complacer al Abuelo. La iglesia era una caracola ovoide que, puesta al oído, sólo dejaba oír el distante rugido de Dios alejándose como el reflujo de la marea.

Hay universos que piden dioses

, sin e

mbargo, Él sobre vuela este buscando trabajo.

El Abuelo alza el visor. Ríe.

—¡La Oficina de Impuestos! ¡Creí que la habían disuelto! ¿Quién coño tiene ya tantos ingresos como para seguir declarándolos? ¿Crees que sigue funcionando sólo por mí? Podría ser.

Llama a Chib al visor, enfocado hacia el centro de Beverly Hills. Chib tiene una línea de visión entre los Nidos de 7 huevos de los pedestales ramificados. Puede ver parte de la plaza central, los ovoides gigantes del Ayuntamiento, las oficinas federales, el Centro del Pueblo, parte de la espiral masiva en que están situadas las casas de la aristocracia, y la Dora (de Pandora), en donde los del salario púrpura compran sus alimentos y los que tienen ingresos extra sus golosinas. Se ve un extremo del gran lago artificial; barcas y canoas lo surcan y hay gente pescando.

La cúpula de plástico irradiado que cubre los Nidos de Beverly Hill es azul celeste. El sol electrónico sube hacia el cenit. Hay algunas imágenes realistas de nubes e incluso una V de patos emigrando al Sur, sus graznidos disminuyendo poco a poco. Muy bonito para quienes no han estado nunca fuera de los muros de LA. Pero Chib estuvo dos años en el Cuerpo de Rehabilitación y Conservación de la Naturaleza Mundial—el CRCNM—y conoce la diferencia. Casi decidió desertar con Halcón Rojo Rousseau y unirse a los Neo-Amerindios. Después pensó en ser guardabosques. Pero eso podría significar que acabara disparando o arrestando a Halcón Rojo. Además, no quería ser un empleado del gobierno. Y por encima de todo, quería pintar.

—Ahí está Rex Luscus—dice Chib—. Está siendo entrevistado ante el Centro del Pueblo. Una multitud.

El descubrimiento de Pellucidar

El segundo nombre de Luscus debería haber sido Adelanto. Hombre de gran erudición, con privilegiado acceso a la Librería del Ordenador de LA Mayor y sigiloso como Ulises, siempre está por delante de sus colegas.

Fue él quien fundó la Escuela de Crítica Go-go.

Primalux Ruskinson, su gran competidor, llevó a cabo una amplia investigación cuando Luscus anunció el nombre de su nueva filosofía. Ruskinson proclamó triunfalmente que Luscus había tomado el nombre de un argot antiguo, utilizado a mediados dcl siglo XX.

Luscus, en una entrevista en el fido al día siguiente, dijo que Ruskinson era un estudiante bastante supefficial, como era de esperar.

Go-go venía del idioma hotentote. En hotentote, *go-go* significaba "examinar", esto es permanecer mirando hasta descubrir algo sobre el objeto (en este caso, el artista y sus obras).

Los críticos hicieron cola para ingresar en la nueva escuela. Ruskinson pensó en suicidarse, pero en vez de eso acusó a Luscus de haber mamado su camino ascendente por la escala del éxito.

Luscus replicó en el fido que su vida privada era cosa suya y que Ruskinson corría peligro de ser denunciado por violación de intimidad. Sin embargo, no merecía más esfuerzo que el de un hombre que aparta un mosquito.

—¿Qué demonios es un mosquito? —dijeron millones de fidovidentes—. Nos gustaría que el Gran Cerebro hablase en un lenguaje que pudiéramos entender.

La voz de Luscus se desvaneció por un minuto mientras los locutores lo explicaban, ya que acababan de recibir una nota de un controlador que había buscado la palabra en la enciclopedia de la emisora.

Luscus vivió de la novedad de la Escuela Go-go durante dos años.

Después restableció su prestigio, que había ido difuminándose

ligeramente, con su filosofía del Hombre Totipotencial. Ésta se hizo tan popular que la Oficina de Desarrollo y Recreación de la Cultura requisó una hora diaria del fido durante un año y medio para el programa inicial de Totipotencialización.

> *Comentario escrito por el Abuelo Winnegan en sus* Eyaculaciones Privadas:
>
> *¿Y el Hombre Totipotencial, esa apoteosis de la individualidad y del completo desarrollo psicosomático, la* Ubermensch *democrática, tal como la*

recomendó Rex Luscus, el sexualmente zurdo? ¡Pobre viejo Tío Sam! Intentando moldear a los más adelantados de sus ciudadanos en una forma sencilla y estable para poder controlarlos... Y al mismo tiempo, ¡intentando animar a todos y cada uno a desarrollar sus capacidades inherentes, si las tienen! ¡El pobre viejo esquizofrénico de largas piernas, barba con patillas, corazón blando y cerebro duro! Verdaderamente, la mano izquierda no sabe lo que hace la derecha. Es mas, la mano derecha no sabe lo que hace la mano derecha.

—¿Y el Hombre Totipotencial?—replicó Luscus al Presidente durante la cuarta sesión de la "Serie de Lecturas de Luscus"—. ¿Cómo se contrapone al *Zeitgeist* contemporáneo? No lo hace. El Hombre Totipotencial es un imperativo de nuestro tiempo. Debe surgir antes de que el Mundo Dorado pueda realizarse. ¿Cómo podéis tener una Utopía sin habitantes utópicos, un Mundo de Oro con hombres de latón?

Fue durante ese Día Memorable que Luscus pronunció su conferencia sobre el Descubrimiento de Pellucidar, haciendo famoso a Chibiabos Winnegan. Y por algo más que casualidad, situó a Luscus a una distancia récord por delante de sus competidores.

—¿Pellucidar? ¿Pellucidar? —murmura Ruskinson—. Oh, Dios, ¿qué está haciendo ahora el Cencerro?

—Me llevará algún tiempo explicar por qué uso esta frase para describir el estallido de genio de Winnegan—continúa Luscus—. En primer lugar, voy a hacer como que viajo

»Del Artico a Illinois.

»Veamos: Confucio dijo en cierta ocasión que un oso polar no podría tirarse un pedo en el Polo Norte sin provocar un huracán en Chicago.

»Con eso quería decir que todos los acontecimientos, y por tanto todos los hombres, están interconectados en una tela de araña irrompible. Lo que un hombre hace, no importa cuán insignificante parezca, vibra por las hebras y afecta a todos los hombres.

Ho Chung Ko, ante su fido en el nivel 30 de Lhasa, Tibet, le dice a su mujer:

—Ese gilipollas blanco no se ha enterado de nada. Confucio nunca dijo eso. ¡Lenin nos valga! Voy a llamarle y a ponerle en un aprieto.

Su mujer dice:

—Cambia de canal. Pai Ting Place está en antena y...

Ngombe, nivel 10, Nairobi:

—Los críticos de aquí son un puñado de bastardos negros. Fíjate en Luscus: podría reconocer mi genio en un segundo. Voy a inscribirme en la Oficina de Emigración mañana por la mañana.

Su mujer:

—¡Por lo menos podrías preguntarme si quiero ir! ¿Y los niños..., madre..., amigos..., perro?

Y así sucesivamente, en la noche sin leones del Africa autoluminosa.

—... El ex presidente Radinoff dijo una vez que ésta es la "Era del Hombre Enchufado"—continúa Luscus—. Se han hecho algunas vulgares observaciones sobre esta, para mí, profunda frase. Pero Radinoff no quería decir que la sociedad humana sea una guirnalda de flores. Quería decir que la corriente de la sociedad moderna fluye por un circuito del que todos formamos parte. Ésta es la Edad de la Completa Interconexión. Ningún cable puede quedar suelto; en caso contrario, todos cortocircuitamos. Sin embargo, es innegable que una vida sin individualidad no merece la pena de ser vivida. Cada hombre debe ser un hapaxlegómeno. ..

Ruskinson salta de su silla y ruge:

—¡Conozco esa frase! ¡Esta vez te he cogido, Luscus!

Está tan excitado que cae en un desmayo, síntoma de un defecto hereditario muy extendido. Cuando se recupera, la lectura ha terminado. Se lanza hacia el magnetofón para ver lo que se ha perdido. Pero Luscus ha evitado cuidadosamente definir el Descubrimiento de Pellucidar. Lo explicará en otra lectura.

El Abuelo, de vuelta al visor, silba.

—Me siento como un astrónomo. Los planetas orbitan alrededor de nuestra casa, que es el Sol. Ahí está Accipiter (el más cercano): Mercurio, aunque no es el dios de los ladrones sino su némesis. Sigue Benedictine, tu Venus de triste vientre. ¡Duro, duro, duro! El esperma aplastaría sus cabezas contra el óvulo de roca. ¿Estás seguro de que está embarazada?

"Tu Mamá está ahi fuera, vestida con una especie de mortaja, y me gustaría que en efecto alguien la matara. La Madre Tierra se dirige al perigeo del almacén del Gomierdo para gastar tu dinero.

El Abuelo se tensa como en la cubierta de un buque que gira, con las venas azul negras de sus piernas gruesas como parras alrededor de un roble viejo.

—Breve salto del papel de Herr Doktor Sternscheissdreckschnuppe, el gran astrónomo, al del Unterseeboot Kapitan von Schooten die Fischen in der Barrel. *Ach!* Feo totafía el barrco de fapor, deine Mamá, asomanto, huntiéntose, rrotando en los marres del alcohol.

Brrujula rrota; a la deriva. Tres aspas al viento. Ruedas de palas girando en el aire. La pandilla negra dejándose las pelotas en sudor, abasteciendo los hornos de la frustración. Hélice enredada en las redes de la neurosis. Y la gran Ballena Blanca, un destello en las oscuras profundidades, subiendo de prisa, decidida a ver ensartado su vientre, demasiado grande para fallar. Pobre navío condenado, lloro por él. También vomito de asco.

"¡Fuego el uno! ¡Fuego el dos! ¡Baruuummm! Mamá gira, con un agujero irregular en la piel, pero no el que estás pensando. Se hunde, la nariz por delante, como corresponde a un saltador de trampolín experto, con su gran popa levantándose en el aire. ¡Blub, blub! ¡Cinco brazas!

"Y así, volvemos desde las profundidades del mar al espacio exterior. Tu Marte selvático, Halcón Rojo, acaba de salir de la taberna. Y Luscus, Júpiter, el tuerto Padre de Todas las Artes, si me perdonas que mezcle las mitologías nórdica y latina, está rodeado por un enjambre de satélites.

"La excreción es la parte amarga del valor",

dice Luscus a los reporteros del fido.

—Con eso quiero decir que Winnegan, como todo artista, grande o no, produce arte que es, primero, secreción, única para él, y después excreción. Sé que mis distinguidos colegas se burlarán de esta analogía, así que les reto desde aquí a un debate en el fido cuando haya ocasión.

"El valor viene de la valentía del artista de mostrar al público sus productos internos. La parte amarga viene del hecho de que el artista puede ser rechazado o mal comprendido en su época, y también de la terrible guerra que se produce en el artista con los elementos inconexos o caóticos, a menudo contradictorios, que deben unir y moldear en una única entidad. De ahí mi concepto de "excreción discreta".

Reportero del fido:

—¿Debemos entender que todo es un gran montón de mierda, pero que el arte hace un extraño cambio en él, moldeándolo en algo dorado y luminoso?

—No exactamente, pero por ahí van los tiros. Lo desarrollaré y explicaré en otra ocasión. Por ahora, quiero hablar sobre Winnegan. Veamos. Los artistas menores sólo muestran la superficie de las cosas; son fotógrafos. Pero los grandes muestran la interioridad de los objetos y seres. Winnegan, sin embargo, es el primero en revelar más de una interioridad en una sola obra de arte. Su invención de la técnica del altorrelieve multinivel le permite epifanizar, mostrar en profundidad, capa tras capa subterránea.

Primalux Ruskinson, en voz alta:

—¡El gran Pelador de Cebollas de la pintura!

Luscus, calmosamente, cuando acaban las risas:

—En cierto sentido, eso está bien expresado. El arte grande, como una cebolla, lleva lágrimas a los ojos. Sin embargo, la luz de los cuadros de Winnegan no es sólo un reflejo, es absorbida, diferida y fraccionada. Cada uno de los rayos de luz rotos hace visibles no ya varios aspectos de las figuras interiores, sino figuras completas. Mundos, podría decir.

"Llamo a esto el Descubrimiento de Pellucidar. Pellucidar es la cavidad interior de nuestro planeta, tal como fue descrita en una novela fantástica ahora olvidada de un escritor del siglo XX, Edgar Rice Burroughs, creador del inmortal Tarzán.

Ruskinson gime y se siente débil de nuevo:

—¡Pellucid! ¡Pellucidar! ¡Luscus, bastardo exhumador de símbolos!

—El héroe de Burroughs atravesó la corteza de la Tierra para descubrir, dentro, otro mundo. Era en ciertos sentidos el inverso del exterior: continentes donde están los mares y viceversa. Del mismo modo, Winnegan ha descubierto un mundo interior, el reverso de la imagen pública que proyecta Cualquierhombre. Y como el héroe de Burroughs, ha regresado con un relato asombroso de la exploración de la psique y sus peligros.

"E igual que el héroe imaginario descubrió que Pellucidar estaba poblado de hombres y dinosaurios de la Edad de Piedra, el mundo de Winnegan es, aunque absolutamente moderno en cierto sentido, arcaico en otro. Abismalmente primitivo. Pero en la iluminación del mundo de Winnegan hay una senda malvada e inescrutable de negrura, y ésta tiene su pareja (en Pellucidar) en la pequeña luna fija que proyecta una sombra gélida e inmóvil.

"Yo pretendía que pellucid formase parte de Pellucidar. Pero pellucid significa "que refleja la luz uniformemente por toda la superficie" o "que admite el máximo paso de la luz sin distorsión ni difusión". La pintura de Winnegan hace precisamente lo contrario. Sin embargo, bajo la luz rota y torcida, el observador penetrante puede ver una luminosidad prístina, uniforme y recta. Es la luz que enlaza todas las fracturas y multiniveles, la luz en que yo pensaba durante mi anterior conferencia sobre la "Era del Hombre Enchufado" y el oso polar.

"Mediante la contemplación intensa, un observador puede percibir esto, sentirlo como si fuera el relampagueo fotónico del palpitar del corazón del mundo de Winnegan.

Ruskinson casi se desmaya. La sonrisa y el monóculo negro de Luscus le confieren la apariencia de un pirata que acabara de capturar un galeón espanol lleno de oro.

El Abuelo, todavía al periscopio, dice:

—Y ahí está Maryam Ben Yusuf, la ramera egipcia de la que me hablabas. Tu Saturno, lejano, regio, frío, y llevando uno de esos multicolores sombreros giratorios colgantes que hacen furor. ¿Los anillos de Saturno? ¿O un halo de santidad?

—Es hermosa, y sería una madre maravillosa para mis hijos —dice Chib.

—El encanto de Arabia. Tu Saturno tiene dos lunas, madre y tía. ¡Damas de compafúa! ¡Y dices que sería una buena madre! ¡Qué buena esposa! ¿Es inteligente?

—Tanto como Benedictine.

—Una basura, entonces. No cabe duda de que sabes elegirlas. ¿Cómo sabes que la quieres? Has amado a veinte en los seis últimos meses.

—La quiero. Eso es un hecho.

—Hasta la próxima. ¿Puedes realmente querer a algo excepto a tu pintura? Benedictine va a abortar, ¿no?

—No si puedo disuadirla. Para ser sincero, ya ni siquiera me gusta. Pero lleva a mi hijo.

—Déjame ver tu pelvis. No, eres macho. Por un momento no estuve seguro; estás tan loco por tener un hijo...

—Un niño es un milagro capaz de hacer dudar a sextillones de infieles.

—También crían los ratones. Pero ¿no sabes que el Tío Sam ha estado haciendo propaganda desesperadamente para reducir la procreación? ¿Dónde has estado toda tu vida?

—Tengo que irme, Abuelo.

Chib besa al viejo y vuelve a su habitación para terminar su último cuadro. La puerta aún se niega a reconocerle, y él llama al taller de reparaciones del Gomierdo; sólo para que le digan que todos los técnicos están en el Festival del Pueblo. Sale de la casa rojo de ira. Las serpentinas y los globos ondean y se agitan en el viento artificial, incrementado para esta ocasión, y una orquesta toca junto al lago.

Por el visor, el Abuelo le ve irse.

—¡Pobre diablo! Me duele su pena. Quiere un hijo, y está desgarrado por dentro porque esa pobre mujer de Benedictine va a abortárselo. Parte de su agonía, aunque él no lo sabe, es identificación con el niño condenado. Su propia madre ha tenido innumerables, bueno, bastantes, abortos. De no ser por gracia de Dios, él habría sido uno de ellos, otra nada. Quiere que este niño tenga también una oportunidad. Pero no puede hacer nada, nada.

"Y tiene otro sentimiento, uno que comparte con la mayoría de las personas. Sabe que ha desviado su vida, o algo la ha torcido. Todo hombre o mujer pensante lo sabe. Incluso los orgullosos y los obtusos se dan cuenta de ello inconscientemente. Pero un niño, ese ser maravilloso, esa limpia *tabula rasa*, ángel no formado, representa una nueva esperanza. Quizá no se torcerá. Quizá crecerá para ser una persona sana, confiada, razonable, de buen humor, generosa, amante. "No será como yo o mi vecino", jura el padre, orgulloso pero aprensivo.

"Chib lo cree y promete que su hijo será diferente. Pero, como todos los demás, se engaña a sí mismo. Cada niño tiene un solo padre y una sola madre, pero trillones de tíos y tías. No sólo sus contemporáneos; también los muertos. Aunque Chib huyera a la naturaleza y criara por sí mismo al niño, le estaría enseñando sus propios prejuicios inconscientes. El niño

crecería con creencias y actitudes de las que el padre ni siquiera está al corriente. Además, siendo criado en el aislamiento, el niño sería un ser humano muy peculiar, verdaderamente.

"Y si Chib cría al niño en esta sociedad, es inevitable que asimile parte de las actitudes de sus compañeros de juegos, de sus profesores, y así sucesivamente *ad nauseam.*

"Así que desiste de hacer un nuevo Adán de tu maravilloso hijo en potencia, Chib. Si llega a ser al menos medio sano, será porque le des amor y disciplina y porque tenga suerte en sus contactos sociales y porque haya sido bendecido al nacer con la correcta combinación de genes. Es decir, porque tu hijo o hija sea tanto un luchador como un amante.

"La pesadilla de uno es el correrse en sueños de otro",

dice el Abuelo.

—Estaba hablando el otro día con Dante Alighieri, y me contaba qué infierno de estupidez, crueldad, perversidad, ateísmo y peligro abierto era el siglo XVI. El XIX le dejó balbuceante, buscando sin esperanza invectivas suficientemente adecuadas.

"En cuanto a nuestra época, le subió de tal modo la presión sanguínea que tuve que administrarle un tranquilizante y enviarle de vuelta, vía máquina del tiempo, con una enfermera. Se parecía a Beatriz, así que debía de ser exactamente la medicina que él necesitaba..., quizá.

El Abuelo cloquea de risa, recordando que Chib, de niño, le tomaba en serio cuando él describía a sus visitantes de la máquina del tiempo, tales como Nabucodonosor, Rey de los Comedores de Hierba; Sansón, Resolvedor de Enigmas y Azote de los Filisteos; Moisés, que le robó un dios a su suegro kenita y luchó contra la circuncisión toda su vida; Buda, el Beatnik Original; No-Musgo Sísifo, tomándose unas vacaciones en el rodar de su piedra; Androcles con su pequeño vastago, Cobarde León de Oz; el Barón von Richthofen, Caballero Rojo de Alemania; Beowulf; Al Capone; Hiawatha; Iván el Terrible, y cientos de otros.

Llegó un día en que el Abuelo se alarmó y decidió que Chib estaba confundiendo fantasía y realidad. Odiaba decirle al muchacho que se había estado inventando todos esos maravillosos cuentos, más que nada para enseñarle Historia. Era como decirle a un niño que Santa Claus no existe.

Y entonces, cuando estaba dando de mala gana la noticia a su nieto, se dio cuenta de la risa difícilmente contenida de Chib y supo que era su turno de que le tomaran el pelo. Chib nunca había estado engañado, o bien había encajado la confesión sin impacto. Así que ambos soltaron la carcajada y el Abuelo siguió hablando de sus visitantes.

—No hay Máquinas del Tiempo—dice el Abuelo—. Te guste o no, Pequeño Saltamontes, tienes que vivir en esta tu época.

"Las máquinas trabajan en los Niveles de fabricación de bienes de consumo en un silencio roto sólo por la charla de algunos técnicos. Las grandes tuberías del fondo de los mares absorben agua y lodo. Este material es llevado automáticamente por tubos hasta los

diez Niveles de producción de LA. Allí los compuestos inorgánicos son convertidos en energía y después en comida, bebida, medicinas y aparatos. Hay muy poca agricultura o ganadería fuera de los muros de la ciudad, pero hay superabundancia de vegetales y carne para todos. Artificiales, pero duplicados exactos de la materia orgánica, así que ¿quién nota la diferencia?

"Ya no hay hambre ni necesidades en ninguna parte, excepto entre los exiliados voluntarios que vagan por los bosques. Y la comida y las manufacturas se transportan a las Pandoras y se distribuyen a los receptores del salario púrpura. El salario púrpura. Un eufemismo de la avenida Madison con inflexiones de realeza y de derecho divino. Ganado sólo por haber nacido.

"Otras épocas considerarían delirante a la nuestra, y sin embargo tiene ventajas que no tenían aquéllas. Para combatir la transitoriedad y el desarraigo, la megápolis está dividida en pequeñas comunidades. Un hombre puede pasar toda su vida sin tener que moverse para obtener cualquier cosa que necesite. Como consecuencia, han surgido un provincialismo, un nacionalismo de patria chica y una hostilidad hacia los extranjeros. De ahí las sangrientas luchas de pandillas juveniles de distintas ciudades. La polémica intensa y viciosa. La insistencia en implantar y apegarse a costumbres locales.

"Al mismo tiempo, el ciudadano de patria chica tiene fido, que le permite ver los acontecimientos de todo el mundo. Entremezclada con basura y propaganda, que el gobierno considera buena para el pueblo, hay una infinita variedad de programas soberbios. Un hombre puede obtener el equivalente a un doctorado en Filosofía sin moverse de casa.

"Un nuevo Renacimiento ha llegado, una floración de las artes comparable a la de la Atenas de Pericles y las ciudades-estado de la Italia de Miguel Angel o la Inglaterra de Shakespeare. Paradójico: más analfabetos que nunca antes en la historia del mundo; pero también más intelectuales. Los que hablan el latín clásico superan en número a los de los días de César. El mundo de la estética produce un fruto fabuloso. Y desde luego, madura.

"Para reducir el provincialismo y para hacer la guerra internacional aún más improbable, tenemos la norma mundial de la "homogeneización" El intercambio voluntario de parte de la población de un país con la de otro. Rehenes de la paz y del amor fraterno. Los ciudadanos que no pueden soportar vivir sólo del salario púrpura o creen que serán más felices en otro lugar son inducidos a emigrar con sobornos.

"Un Mundo Dorado en algunos aspectos; una pesadilla en otros. Así que, ¿qué hay de nuevo en el mundo? Siempre fue así en cada época. La nuestra ha tenido que lidiar con la superpoblación y la automatización. ¿De qué otro modo podría haberse resuelto el problema? Es el asno de Buridan, muriendo de hambre porque no puede decidir cuál de dos partes iguales de pienso comer.

"Historia: un *pons asinorum* en que los hombres son los asnos en el puente del tiempo.

"No, esas dos comparaciones no son ni sinceras ni correctas. Es el caballo de Hobson: la única elección posible es el animal del establo más próximo. ¡El *Zeitgeist* gobierna esta noche, y el demonio elige el más lejano!

"Los firmantes del Manifiesto de la Triple Revolución del siglo XX previeron con exactitud algunos aspectos. Pero le quitaron importancia a la falta de trabajo que la Triple Revolución produciría en el señor Cualquiera. Creían que todos los hombres tienen la misma capacidad de desarrollar tendencias artísticas, que todos podrían dedicarse a las artes, oficios y aficiones o a la educación por la educación. No se enfrentaron a la "no democrática" realidad de que sólo un diez por ciento aproximadamente de la población, si llega, es capaz inherentemente de producir algo valioso, o siquiera levemente interesante, en las artes. Oficios, aficiones y una educación académica durante toda la vida aburren pronto, así que... de vuelta al licor, al fido y al adulterio.

"Careciendo de respeto hacia sí mismo, el padre se hace calavera, nómada en las estepas del sexo. La Madre, con M mayúscula, se convierte en la figura dominante de la familia. Puede estar juergueando también, pero cuida de los niños; está cerca la mayor parte del tiempo. Así, siendo el padre una figura minúscula, ausente, débil o indiferente, los niños se hacen a menudo homosexuales o ambisexuales. La tierra de las maravillas es también la tierra de los eunucos.

"Algunas características de este tiempo podrían haber sido previstas. La liberalidad sexual es una de ellas, aunque nadie podría haber previsto a qué extremo llegaría. Pero tampoco hubiera podido nadie prever la secta Panamorita, a pesar de haber parido América cultos con ribetes lunáticos como una rana produce renacuajos. El monómano de ayer es el Mesías de mañana; y así, Sheltey y sus discípulos han sobrevivido a años de persecución, y sus preceptos están imbuidos en nuestra cultura.

El Abuelo enfoca de nuevo el objetivo del visor en Chib.

—Ahí va mi maravilloso nieto, llevando regalos a los griegos. Hasta ahora, ese Hércules ha fracasado en limpiar su establo de Augias psíquico. Sin embargo, puede tener éxito, ese Apolo atolondrado, ese Edipo náufrago. Es más feliz que la mayoría de sus contemporáneos. Ha tenido un padre permanente, aunque secreto; un bufón viejo que se esconde de la así llamada Justicia. Ha tenido amor, disciplina y una educación soberbia en esta habitación estrellada. También tiene la suerte de tener una profesión.

"Pero Mamá gasta demasiado y es adicta al juego, vicio que le priva de sus ingresos completamente seguros. Se supone que yo estoy muerto, así que no gano el salario púrpura. Chib tiene que soportar todo esto vendiendo o cambiando sus cuadros. Luscus le ha ayudado haciéndole propaganda, pero en cualquier momento puede volverse contra él. El dinero de los cuadros aún no es bastante. Al fin y al cabo, el dinero no es la base de nuestra economía apenas es una ayuda. Chib necesita el premio, pero no lo logrará a menos que permita a Luscus hacerle el amor.

"No es que Chib rechace las relaciones homosexuales. Como la mayoría de sus contemporáneos, es sexualmente ambivalente. Creo que él y Omar Runic todavía se acuestan juntos ocasionalmente. ¿Y por qué no? Se aman. Pero Chib rechaza a Luscus por cuestión de principios. No se prostituirá para avanzar en su carrera. Es más Chib cree en una distinción que está profundamente arraigada en esta sociedad: piensa que la homosexualidad voluntaria es natural (sea cual sea el significado de esta palabra), pero que la homosexualidad compulsiva es, para usar un término anticuado, ridícula. Válida o no, la distinción está hecha.

"Así que quizá Chib vaya a Egipto. Pero entonces ¿qué será de mí?

"No te preocupes por mí o por tu madre, Chib. No importa lo que pase. No te des a Luscus. Recuerda las palabras que pronunció al morir Singleton, Director de la Oficina de Rehabilitación y Redistribución, quien se suicidó porque no podía ajustarse a los nuevos tiempos: "¿Qué pasa cuando un hombre gana el mundo y pierde el culo?".

En este momento, el Abuelo ve que su nieto, que ha estado caminando con los hombros un poco caídos, los endereza de repente. Y le ve comenzar una danza, un quiebro algo improvisado seguido de una serie de giros. Es evidente que Chib está cantando a voces. Los viandantes sonríen a su alrededor.

El Abuelo gruñe y después ríe.

—¡Oh, Dios, la lasciva energía de la juventud, el impredecible desplazamiento del espectro desde la negra pena a la alegría naranja brillante! ¡Baila, Chib, baila hasta perder la loca cabeza! Sé feliz, aunque sea por un momento! ¡Aún eres joven, tienes el bullir de la esperanza inconquistable profundamente impreso en tus saltos! ¡Baila, Chib, baila!

Ríe y se seca una lágrima.

Implicaciones sexuales de la carga de la brigada ligera

es un libro tan fascinante que el doctor Jespersen Joyce Bathymens, psicolingüista de la Oficina Federal de Reconfiguración e Intercomunicabilidad de Grupos, detesta interrumpir su lectura. Pero el deber le llama.

—Un rábano no es necesariamente rojizo—dice al dictáfono—. Los Jóvenes Rábanos denominaron así a su grupo porque un rábano es una raíz, y por tanto es radical.

"Sin embargo, no son lo que yo llamaría la izquierda política; representan el resentimiento actual contra la Vida en General, y no promueven una directriz de reconstrucción radical. Aúllan contra las Cosas Tal Como Son, como monos en un árbol, pero nunca hacen una crítica constructiva. Quieren destruir, sin la menor idea de qué hacer tras la destrucción.

"En pocas palabras, representan el cacarear y ladrar del ciudadano medio, difiriendo en que están más organizados. Hay miles de grupos como ellos en LA y posiblemente millones en el mundo. De niños, tuvieron una vida normal. De hecho, nacieron y crecieron en el mismo Nido, lo cual es uno de los motivos por los que fueron elegidos para este estudio. ¿Qué fenómeno produjo diez personas creativas semejantes, todas amamantadas en las siete casas del Area 64-14, desde que las pusieron juntas en el mismo corral de juegos, en lo alto del pedestal, mientras que una madre tomaba su turno de cuidarles, y las otras hacían lo que tuvieran que hacer, que... ¿Qué estaba diciendo?

"Ah, sí, tuvieron una vida normal, fueron al mismo colegio, hicieron novillos, gozaron del juego sexual corriente entre ellos, se unieron a bandas juveniles y tomaron parte en algunas guerras bastante sangrientas con el Barrio Oeste y con otras bandas. Todos se distinguían, sin embargo, por una curiosidad intelectual intensa, y todos se hicieron activos en las artes creativas.

"Se ha sugerido la posibilidad, y puede ser cierta, de que ese misterioso extranjero, Raleigh Renacimiento, fuera el padre de todos ellos. Eso no se puede demostrar, pero es posible. Raleigh Renacimiento vivía en la casa de la señora Winnegan por aquel tiempo, pero parece haber sido extrañamente activo en el Nido, y en verdad por todo Beverly Hills en lo que se refiere a sus contactos sexuales. De dónde vino ese hombre, quién era y adónde iba no se sabe aún, a pesar de la intensa investigación realizada por varias agencias. No tenía DNI ni otros carnets de ninguna clase, y sin embargo estuvieron mucho tiempo sin pedirle la documentación. Parece haber estado liado con el Jefe de Policía de Beverly Hills, y posiblemente con algunos de los agentes federales destacados allí.

"Vivió durante dos años con la señora Winnegan, después desapareció. Se rumorea que dejó LA para unirse a una tribu de NeoAmerindios blancos, a veces llamados los Indios Seminales

"Bueno, volviendo a los Jóvenes Rábanos, se rebelan contra la Imagen Padre del Tío Sam, a quien aman y odian. Por supuesto "tío" está relacionado en sus subconscientes con *tíoc*, término de argot que significa "extraño, improbable, fantástico", lo cual indica que sus propios padres eran extraños para ellos. Todos proceden de hogares en los que el padre no existía o era débil, fenómeno lamentablemente común en nuestra época.

"Yo nunca conocí a mi propio padre... Tooney, borra eso como irrelevante. *Tíoc* también significa "noticias" o "nuevas", indicando que los infortunados jóvenes esperan ávidamente noticias de la vuelta de sus padres y quizá desean secretamente la reconciliación con el Tío Sam, esto es con sus padres.

"El Tío Sam. Sam es una abreviatura de Samuel, del hebreo *Shemu-el*, que significa "El Nombre de Dios". Todos los Rábanos son ateos, aunque algunos, especialmente Omar Runic y Chibiabos Winnegan, recibieron de pequeños educación religiosa (Panamorita y Católica, respectivamente).

"La rebeldía del joven Winnegan contra Dios y contra la Iglesia *Cat*-ólica fue reforzada sin duda por el hecho de que su madre le obligó a usar fuertes *Cat*-árticos cuando tuvo un estreñimiento crónico. Probablemente también se resintió de tener que aprender el *Cat*-ecismo cuando lo que le apetecía era jugar. Y existe aquel incidente, profundamente significativo y traumático, en que le aplicaron un *Cat*-éter (este negarse a defecar del joven será analizado en un informe posterior).

"El Tío Sam: el símbolo del Padre. *Símbolo* es por sí mismo un juego de palabras tan evidente que no me voy a molestar en señalarlo. Quizá también lo es con respecto a *bolo*, en el sentido de "tócate el bolo"... Obsérvese esta expresión en el Infierno de Dante, donde algún italiano que estaba en el infierno dijo: "¡Tócate el bolo, Dios!", mordiéndose el pulgar: antiguo gesto de desafío y falta de respeto. ¿Hmm? Morderse el pulgar..., ¿una característica infantil?

"*Sam* da pie también a un juego de palabras multinivel sobre términos relacionados fonética, ortográfica y semisemánticamente. Es significativo que el joven Winnegan no pueda soportar que le llamen "monín"; dice que su madre se lo llamó tantas veces que le da náuseas. Sin embargo, la palabra tiene un significado más profundo para él. Por ejemplo, *sambolo* es un "mono" asiático cuya piel tiene "tres" colores. Obviamente, los tres colores simbolizan, para él, el Manifiesto de la Triple Revolución, el punto de partida histórico de nuestra era, a la

que Chib dice odiar tanto. Los tres colores son también arquetipos de la Santísima Trinidad, contra la que blasfeman frecuentemente los Jóvenes Rábanos.

"Podría hacer notar que en esto el grupo difiere de otros que he estudiado. Los otros empleaban una infrecuente y blanda blasfemia, a tono con el suave, en verdad pálido, espíritu religioso dominante hoy día. Los grandes blasfemos sólo proliferan cuando proliferan los grandes creyentes.

"SAM también se relaciona con SUMiso, indicando que el subconsciente de los Rábanos quiere SOMeterse.

"Sam el Infirme, arcaico eufemismo por enfermo. ¿Es el Tío Sam un Sam Enfermo de padre?... Será mejor que borres eso, Tooney. Es posible que estos altamente educados jóvenes hayan leído sobre esa anticuada frase, pero no es confirmable. No quiero sugerir conexiones que pudieran hacerme aparecer ridículo.

"Samsob. ¿Sobrino de Sam? ¿Sombra de Sam? Que lleva naturalmente a Sansón, quien derrumbó el templo de los filisteos sobre sí mismo y sobre ellos. Estos chicos hablan de hacer lo mismo. ¡Je, je! Me recuerdan a mí a su edad, antes de madurar. Borra la última observación, Tooney.

"*Samovar*. Esta palabra rusa significa, literaimente, "hirviente". No hay duda de que los Rábanos hierven de fervor revolucionario. Y sin embargo, sus perturbadas psiques saben en el fondo que el Tío Sam es el siempre amoroso Padre-Madre, que sólo tiene en el corazón las mejores intenciones. Pero se obiigan a odiarlo, y por tanto hierven.

"Bueno, Tooney, envíaselo al jefe. Yo tengo que irme. Voy con retraso para comer con Madre; se trastorna mucho cuando no llego en punto.

"¡Ah, posdata! Recomiendo que los agentes vigilen a Winnegan más de cerca. Sus amigos echan humo psíquico hablando y bebiendo, pero él ha alterado de repente su norma de conducta. Tiene largos períodos de silencio y ha dejado el tabaco, la bebida y el sexo.

No hay negocio sin honor,

ni siquiera hoy en día. El Gomierdo no tiene reparos abiertos contra las tabernas particulares, dirigidas por ciudadanos que hayan pasado todos los exámenes, realizado las inscripciones correspondientes, pagado todas las tasas de la licencia y sobornado a los concejales y jefe de policía locales. Ya que no hay sitio previsto para ellas ni ningún gran edificio disponible para alquilar, la tabernas están en las casas de los propios dueños.

"El Universo Privado" es la favorita de Chib, en parte porque su propietario opera ilegalmente. Dionysus Gobrinus, incapaz de abrirse camino por entre las barricadas, filtros y trampas del procedimiento policial, ha dejado de intentar obtener una licencia.

Abiertamente, tiene pintado el nombre de su establecimiento sobre las ecuaciones matemáticas que una vez distinguieron el exterior de la casa (profesor de matemáticas en Beverly Hills, Universidad 24, llamado Al-Khwarizmi Descartes Lobachevsky, ha renunciado y vuelto a cambiar de nombre). El salón y varios dormitorios han sido acondicionados para la bebida y la juerga. No hay clientes egipcios, probablemente a causa de su hipersensibilidad a los floridos sentimientos escritos por el público en las paredes interiores:

MORIR, MOROS

MAHOMA ERA HIJO DE UNA PERRA VIRGEN

LA ESFINGE APESTA

¡ACUÉRDATE DEL MAR ROJO!

EL PROFETA TIENE UNA VERGA DE CAMELLO

Algunos de los que escribieron los insultos tienen padres, abuelos y bisabuelos que fueron objeto a su vez de burlas similares.

Pero sus descendientes están completamente asimilados, son de Beverly Hills hasta la médula. De tales es el reino de los hombres.

Gobrinus, una raíz cúbica de hombre, está de pie tras la barra que es cuadrada en protesta contra el ovoide. Sobre él hay un gran letrero:

El hidromiel de un hombre es veneno para otro.

Gobrinus ha explicado este juego de palabras muchas veces, no siempre a la satisfacción de sus oyentes. Baste saber que Poisson (veneno) era un matemático, y que la distribución de frecuencias de Poisson es una buena aproximación a la distribución binomial cuando el número de ensayos crece y la probabilidad de éxito de un solo ensayo es pequeña.

Cuando un cliente se emborracha demasiado para permitirle beber más, es expulsado de la taberna de cabeza, con combustión furiosa y ruina total, por Gobrinus, que grita: "¡Veneno! ¡Veneno!".

Los amigos de Chib, los Jóvenes Rábanos, sentados a una mesa hexagonal, le saludan, y sus palabras son un eco inconsciente de las del psicolingüista federal al estudiar su conducta reciente.

—¡Chib el monje! ¡Chiquito y bueno, como siempre! ¡Buscando a una Chibita, sin duda! ¡Elige!

Madame Trismegista, sentada ante una mesita grabada como un Sello de Salomón, le saluda. Lleva como mujer de Gobrinus dos años, un récord conseguido porque lo acuchillaría

si él la dejara. Además, Gobrinus cree que ella puede engañar de algún modo a su destino con los naipes que maneja. En esta edad de iluminación el adivino y el astrólogo proliferan. Según galopa la ciencia, la ignorancia y la superstición avanzan a sus flancos y le muerden la grupa con grandes dientes negros.

El propio Gobrinus, doctor en Filosofía, portador de la antorcha del conocimiento (hasta hace poco, por lo menos), no cree en Dios. Pero está convencido de que las estrellas se encaminan hacia una conjunción funesta para él. Con una extraña lógica, cree que las cartas de su mujer controlan las estrellas; no sabe que la adivinación con naipes y la astrología son campos completamente separados.

¿Qué se puede esperar de un hombre que sostiene que el Universo es asimétrico?

Chib saluda con la mano a Madame Trismegista y se dirige a otra mesa. Ante ella está sentada

Una adolescoiteante típica,

Benedictine Serinus Melba. Es alta y esbelta, y tiene estrechas caderas de lémur y piernas delgadas, pero grandes pechos. Su pelo, negro como las pupilas de sus ojos, con la raya al medio, está pegado a,la cabeza con una laca perfumada y dividido en dos largas trenzas. Estas pasan sobre sus hombros desnudos y se unen con un broche dorado bajo la garganta. Desde el broche, que tiene forma de nota musical, se separan de nuevo, rodeando cada una un pecho. Otro broche las une, y se separan para rodear el torso hasta la espalda, donde de nuevo son unidas por un broche y vuelven para encontrarse en el vientre. Una vez más las reúne un broche, y las delgadas cascadas fluyen negramente sobre el frente de la falda de campana.

Su cara está densamente cargada de verde, aguamarina, señal cosmética de belleza, y topacio. Lleva un sujetador amarillo con pezones artificiales de color rosa; lazos de encaje cuelgan del sujetador. Un medio corpiño, verde brillante con rosetas negras, rodea su cintura. Sobre él, medio ocultándolo, hay una estructura de alambres cubierta de un material acolchado rosa brillante. Se extiende tras la espalda formando un medio fuselaje o una larga cola de pájaro, a la que están unidas largas plumas artificiales amarillas y carmesíes.

Una falda translúcida, larga hasta los tobillos, ondea. No esconde las ligas a rayas amarillas y verde oscuro ribeteadas de lazos, los blancos muslos ni las negras medias de malla con cierres verdes en forma de notas musicales. Sus zapatos son de un azul brillante, con altos tacones color topacio.

Benedictine se ha vestido para cantar en el Festival del Pueblo; lo único que le falta es el sombrero de cantante. Sin embargo, ha venido a quejarse, entre otras cosas, de que Chib le ha hecho empeorar de apariencia y perder así la posibilidad de hacer una gran carrera.

Está con cinco chicas, todas entre 16 y 21 años, todas bebiendo S (de Saltasesos).

—¿No podemos hablar en privado, Benny? —dice Chib.

—¿Para qué?

Su encantadora voz de contralto se ve afeada por el tono en que ahora habla.

—¿Me has citado aquí para hacerme una escena en público? —dice Chib.

—Por el amor de Dios, ¿qué otra clase de escena hay?—chilla ella—. ¡Miradle! ¡Quiere hablarme en privado!

Es entonces cuando Chib se da cuenta de que Benedictine tiene miedo de estar a solas con él. Más que eso, es incapaz de estar sola. Ahora sabe por qué insistió ella en dejar abierta la puerta del dormitorio con su amiga, Bela, a distancia de llamada. Y a distancia de escuchar.

—¡Dijiste que sólo ibas a usar el dedo!—grita ella. Se señala el vientre ligeramente redondeado—. ¡Voy a tener un hijo! ¡Bastardo podrido enfermo de lengua suave!

—Eso no es cierto en absoluto—dice Chib—. Me dijiste que de acuerdo, que me amabas.

—¡Amor! ¡Amor! ¿Eso dije? ¡Qué coño sé lo que dije! ¡Me pusiste tan excitada! ¡De todas formas, no dije que podías metérmela! ¡Nunca lo dije, nunca! ¡Y mira lo que hiciste! ¡Lo que hiciste! ¡Dios mío, apenas pude andar en una semana, bastardo!

Chib suda. Excepto por la Pastoral de Beethoven que surge del fido, la sala está silenciosa. Sus amigos sonríen. Gobrinus, de espaldas, bebe escocés. Madame Trismegista baraja sus cartas y eructa con una fuerte mezcla de cerveza y cebolla. Las amigas de Benedictine se miran las largas uñas de mandarín, fluorescentes, o le miran a él. El dolor y la indignación de Benedictine es de ellas y viceversa.

—No puedo tomar esas píldoras. ¡Me producen colitis y molestias en los ojos y me alteran las menstruaciones! ¡Lo sabes! ¡Y no puedo soportar esos úteros mecánicos! ¡Y de todas formas, me mentiste! ¡Dijiste que habías tomado una píldora!

Chib se da cuenta de que ella se contradice, pero no sirve de nada intentar ser lógico. Ella está furiosa porque está embarazada; no quiere tener la molestia de un aborto en este momento, y está vengándose.

Pero ¿cómo pudo quedar embarazada "esa" noche?, se pregunta Chib. Ninguna mujer, por fértil que fuera, podría habérselas arreglado para eso. Debe de haber sido fecundada antes o después. Pero ella jura que fue esa noche, la noche en que él era

El caballero del badajo ardiente,

o espuma, espuma por todas partes.

—¡No, no!—grita Benedictine.

—¿Por qué no? Te amo—dice Chib—. Quiero casarme contigo.

Benedictine chilla, y su amiga Bela, en el recibidor, aúlla:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Benedictine no contesta. Rabiosa, agitándose como presa de la fiebre, salta de la cama, empujando a Chib a un lado. Corre al pequeño ovoide del lavabo en un rincón, y él la sigue.

—¿Supongo que no irás a hacer lo que estoy pensando?—dice él.

Benedictine gime:

—¡Asqueroso hijo de puta!

En el lavabo abre una sección de pared que resulta ser una repisa. En ella, unidos por fondos magnéticos al estante, hay muchos recipientes. Coge un largo y delgado bote de espermaticida, se pone en cuclillas y se lo introduce. Aprieta el botón del fondo del bote y éste espumea con un sonido sibilante que ni siquiera el aislamiento de carne puede silenciar.

Chib queda paralizado un momento. Después ruge.

Benedictine grita:

—¡No te acerques, gilipollas!

De la puerta del dormitorio llega el tímido "¿Estás bien, Benny?" de Bela.

—¡Yo la pondré bien!—ruge Chib.

Salta hacia delante y toma un bote de pegamento instantáneo de la repisa. El pegamento es el que utiliza Benedictine para pegarse las pelucas a la cabeza y es capaz de sujetar cualquier cosa para siempre a menos que se despegue con un disolvente específico.

Benedictine y Bela gritan cuando Chib levanta en vilo a Benedictine y después la tumba en el suelo. Ella lucha, pero Chib consigue extender el pegamento sobre el bote de espermaticida y la piel y los pelos de alrededor.

—¿Qué haces?—aúlla Benedictine.

Él coloca el botón del bote de espermaticida en posición de "flujo máximo" y le cubre el fondo de pegamento. Mientras ella se agita, Chib mantiene los brazos apretados contra su cuerpo impidiéndole girar, y por tanto mover el bote adentro o afuera. En silencio, cuenta hasta 30, después 30 más para asegurarse de que el pegamento está completamente seco. La suelta.

La espuma se extiende en cascada alrededor de la ingle y abajo por las piernas y se esparce por el suelo. El fluido está bajo enorme presión en el recipiente indestructible e imperforable, y la espuma se expande rápidamente una vez en contacto con el aire.

Chib toma el frasco de disolvente de la repisa y lo aprieta en la mano, decidido a que ella no lo coja. Benedictine salta en pie y se arroja hacia él. Riendo como una hiena bajo la acción del óxido nitroso, Chib esquiva su puño y la aparta de un empujón. Resbalando en la espuma, que ya les llega a los tobillos, Benedictine cae y se desliza, sobre las nalgas y de cabeza, fuera del lavabo, con el bote claqueteando en el suelo.

Se pone en pie y sólo entonces se da cuenta cabal de lo que Chib ha hecho. Su grito se eleva, y ella le sigue. Bailotea, dando tirones del bote, sus gritos incrementándose con cada tirón y el dolor resultante. Después se vuelve y corre fuera de la habitación, o lo intenta. Tropieza; Bela está en su camino; chocan y patinan juntas fuera del cuarto, haciendo un medio giro al pasar por la puerta. La espuma remolinea de tal modo que parecen Venus y su amigo alzándose de las olas burbujeantes del mar de Chipre.

Benedictine aparta a Bela de un empujón, pero no sin perder algo de carne en las uñas largas y afiladas de su amiga. Ésta viene lanzada de espaldas, por la puerta, hacia Chib. Es como un patinador novato tratando de guardar el equilibrio. No lo consigue y pasa junto a Chib, gimiendo, sobre la espalda, con los pies al aire.

Chib desliza con cuidado los pies descalzos por el suelo, se para junto a la cama para coger la ropa, pero decide que será más prudente esperar a estar fuera antes de ponérsela. Llega al salón circular justo a tiempo de ver a Benedictine resbalar bordeando una de las columnas que separan el pasillo de la sala. Sus padres, dos zánganos de edad mediana, están aún sentados en un sofá, latas de cerveza en mano, ojos y bocas muy abiertos, temblando.

Chib ni siquiera les da las buenas noches al cruzar el salón. Pero entonces ve el fido y se da cuenta de que lo han cambiado de EXT a INT, y después lo han enfocado en la habitación de Benedictine. Padre y Madre han estado espiando a Chib y a su hija, y es evidente por la apariencia no muy deprimida del Padre que se ha excitado mucho con el espectáculo, superior a cualquiera del fido exterior.

—¡Mirones bastardos!—ruge Chib.

Benedictine ha llegado hasta ellos y balbucea, de pie, llora, señala el bote y a Chib. Al grito de éste, los padres se alzan del sofá como dos leviatanes de lo profundo. Benedictine se vuelve y echa a correr hacia él, los brazos extendidos, los dedos de largas uñas curvados, la cara como la de una Medusa. Tras ella corren la estela de la Bruja Blanca y Padre y Madre entre la espuma.

Chib se impulsa contra un pilar, rebota y les esquiva, incapaz de evitar girar a un lado durante la maniobra. Pero conserva el equilibrio. Mamá y Papá se han caído juntos con un choque que sacude incluso la sólida casa. Se levantan, con los ojos girando, y bramando como hipopótamos que emergen. Le embisten pero por separado, Mamá gritando ahora, su cara—a pesar de eso—la de Benedictine. Papá rodea el pilar por un lado, Mamá por el otro. Benedictine ha dado la vuelta a otra columna, agarrándose a ella con una mano para no resbalar. Está entre Chib y la puerta de la calle.

Chib choca con una pared del pasillo, en un área libre de espuma. Benedictine corre hacia él. Él se zambulle, cae al suelo y rueda entre dos columnas hasta el salón.

Mamá y Papá convergen en curso de colisión. El Titanic choca con el iceberg y ambos se hunden lentamente. Patinan sobre sus rostros y barrigas hacia Benedictine. Ella salta, cubriéndoles de espuma según pasan bajo ella.

Por entonces resulta ya evidente que la afirmación del Gobierno de que el bote contiene 40.000 disparos de muerte-al-esperma, espuma para 40.000 copulaciones, está justificada. La espuma llega por todo el lugar a la altura de los tobillos, en algunos sitios a la de las rodillas, y sigue subiendo.

Bela está ahora sobre su espalda en el suelo del salón, con la cabeza metida entre las faldas del sofá.

Chib se levanta despacio y se para en pie por un momento, mirando a su alrededor, con las rodillas dobladas, dispuesto a huir de un salto del peligro pero esperando no tener que hacerlo, ya que sus pies volarían indudablemente bajo él.

—¡Espera, podrido hijo de puta!—ruge Papá—. ¡Voy a matarte! ¡No puedes hacerle esto a mi hija!

Chib le ve darse la vuelta como una ballena en un mar pesado e intentar ponerse en pie. Cae abajo de nuevo, bramando como herido por un arpón. Mamá no tiene más éxito que él.

Viendo que el camino está libre—ha desaparecido Benedictine en algún sitio—, Chib patina a través del salón hasta alcanzar una zona sin espuma cerca de la salida. Con la ropa al brazo, aún sosteniendo el disolvente, se dirige hacia la puerta, pavoneándose.

En ese momento le llama Benedictine. Se vuelve para verla deslizarse hacia él desde la cocina. Lleva un vaso alto en la mano. Chib se pregunta qué va a hacer con él. Seguramente, no le está ofreciendo la hospitalidad de un trago.

Entonces ella tropieza en la zona seca del suelo y cae de bruces con un grito. Sin embargo, lanza el contenido del vaso certeramente.

Chib chilla al sentir el agua hirviendo, dolorido como si le hubieran circuncidado sin anestesia.

Benedictine, en el suelo, ríe. Chib, después de saltar y aullar, frasco y ropa caídos, sujetándose las partes escaldadas, se las arregla para controlarse, se detiene en sus cabriolas, agarra la mano derecha de Benedictine y la arrastra a las calles de Beverly Hills. Hay mucha gente fuera esa noche, y les siguen. Chib no se detiene hasta llegar al lago, y allí entra en el agua para refrescar las quemaduras, y con él Benedictine.

La gente tiene mucho de que hablar después, cuando Benedictine y Chib ya han salido del lago y se han ido a casa. Comenta y ríe un buen rato viendo a los del Departamento de Sanidad limpiar la espuma de la superficie del lago y de las calles.

—¡Quedé tan dolorida que no pude andar en un mes!—chilla Benedictine.

—Te lo mereciste—dice Chib—. No tienes de qué quejarte. Dijiste que querías tener un hijo mío, y hablaste como si lo dijeras en serio.

—¡Debo de haber estado loca!—dice Benedictine—. ¡No, no lo estaba! ¡Nunca dije tal cosa! ¡Me mentiste! ¡Me forzaste!

—Yo nunca forzaría a nadie—dice Chib—. Lo sabes. Deja de ladrar. Eres libre, y consentiste libremente. Tienes libre albedrío.

Omar Runic, el poeta, se levanta de la silla. Es un alto y delgado joven piel roja, bronceado, de nariz aquilina y labios rojos muy gruesos. Su ensortijado cabello es largo y está cortado con la forma del Pequod, el navío de fábula que condujo al loco capitán Ahab, a su lunática tripulación y al que sería el único superviviente, Ishmel en pos de la Ballena Blanca. El peinado tiene un bauprés, un casco, tres mástiles, vergas e incluso un bote colgado de pescantes.

Omar Runic aplaude y grita:

—¡Bravo! ¡Un filósofo! ¡Libre albedrío, eso es; libre albedrío para buscar las Verdades eternas, si las hay, o la Muerte y la Condenación! ¡Un brindis, caballeros! ¡En pie, Jóvenes Rábanos, un brindis por nuestro líder!

Y así comienza

La loca fiesta de S.

Madame Trismegista llama:

—¿Te digo la buenaventura, Chib? ¡Veo lo que dicen las estrellas por medio de las cartas!

Chib se sienta ante la mesa de ella mientras sus amigos se agrupan alrededor.

—De acuerdo, Madame. ¿Cómo salgo de este lío?

Ella baraja y levanta la primera carta.

—¡Jesús! ¡El as de espadas! ¡Vas a hacer un largo viaje!

—¡Egipto! —grita Halcón Rojo Rousseau—. ¡Oh, no, no quieres ir allí, Chib! Ven conmigo a donde brama el búfalo y...

Se alza otra carta.

—Pronto encontrarás a una maravillosa chica de piel oscura.

—¡Una condenada mora! ¡Oh, no, Chib, dime que no es verdad! —Pronto ganarás grandes honores.

—¡Chib va a ganar el premio!

—Si gano el premio, no tengo que ir a Egipto—dice Chib—. Madame Trismegista, con el debido respeto, no hace más que decir pijadas.

—No te burles, joven. No soy un ordenador. Estoy sintonizada con el espectro de las vibraciones psíquicas.

Flip.

—Correrás un grave peligro, física y moralmente.

—Eso ocurre al menos una vez al día—dice Chib.

Flip.

—Un hombre muy querido por ti morirá dos veces.

Chib palidece, se recupera y dice:

—Un cobarde muere mil muertes.

—Viajarás en el tiempo, volverás al pasado.

—¡Eh!—dice Halcón Rojo—. ¡Cuidado, Madame, se está pasando! ¡Va a herniarse psíquicamente, tendrá que llevar un braguero ortopédico de ectoplasma!

—Burlaos si queréis, jóvenes mierdas—dice Madame—. Hay más de un mundo. Las cartas no mienten, no cuando yo las manejo.

—¡Gobrinus!—llama Chib—. ¡Otra caña para Madame!

Los Jóvenes Rábanos vuelven a su mesa, un disco sin patas suspendido en el aire por un campo gravitónico. Benedictine les mira con odio y se mezcla con el grupo de las otras adolescoiteantes. En una mesa cercana está Pinkerton Legrand, un agente del Gomierdo, dándoles la cara para que el fido que lleva bajo la ventana polarizada de su chaqueta les enfoque. Ellos saben que lo está haciendo. Él sabe que lo saben y así lo ha informado a sus superiores. Frunce el ceño al ver entrar a Falco Accipiter. A Legrand no le gusta que un agente de otro departamento se meta en su caso. Accipiter ni siquiera le mira. Pide una taza de té y finge echar en ella una píldora de esas que se combinan con el ácido tánico para producir S.

Halcón Rojo Rousseau le hace un guiño a Chib y dice:

—¿Crees realmente que es posible paralizar toda LA con una sola bomba?

—¡Tres bombas!—dice Chib, en voz alta para que el fido de Legrand capte las palabras—. Una para la consola de control de la planta de desalinización, otra para la consola alternativa de seguridad, la tercera para la conexión de la gran tubería que lleva el agua al depósito del nivel 20.

Pinkerton Legrand palidece. Se bebe de un trago el güisqui que le queda y pide otro, aunque ya ha tomado demasiados. Aprieta una tecla en su fido para transmitir "prioridad máxima triple". Centellean luces rojas en el Cuartel General; una campana suena repetidamente; el jefe se despierta tan de repente que se cae de la silla.

Accipiter también lo oye, pero sigue sentado impasible, oscuro pensativo como la imagen de diorita del halcón de un faraón. Monómano, no va a ser distraído por charlas sobre inundar todo LA, aunque éstas lleguen a realizarse. Sobre la pista del Abuelo, está aquí ahora porque espera usar a Chib como llave de la casa. Un "ratón"—como él llama a todos los criminales —correrá a la guarida de otro.

—¿Cuándo crees que podemos entrar en acción?—dice Huga Wells-Erb Heinsturbury, la escritora de ciencia ficción.

—Aproximadamente dentro de tres semanas—dice Chib.

En el Cuartel General el jefe maldice a Legrand por molestarle. Hay miles de jóvenes echando vapor con estas conjuras de destrucción, asesinato y revolución. No entiende por qué los jóvenes idiotas hablan así, ya que tienen de todo. Si pudiera hacer las cosas a su manera, los metería en la cárcel y los correría a patadas.

—Después de hacerlo, tendremos que dirigirnos a las grandes puertas del exterior—dice Halcón Rojo. Sus ojos brillan—. Lo que os digo, muchachos, ser un hombre libre en el bosque es lo más grande. Eres un individuo genuino, no simplemente uno de los de la raza sin rostro.

Halcón Rojo cree en el complot para destruir LA. Es feliz porque, aunque no lo ha dicho, echó de menos la compañía intelectual cuando estaba en el regazo de la Madre Naturaleza. Los otros salvajes pueden oír un ciervo a cincuenta metros y ver una serpiente de cascabel en los arbustos, pero son sordos a las pisadas de la filosofía al bramido de Nietzsche, al cascabel de Russell, a los graznidos de Hegel.

—¡El cerdo analfabeto!—dice en voz alta.

—¿Qué?—dicen los otros.

—Nada. Oíd, chicos, vosotros debéis de saber qué maravilloso es. Estuvisteis en el CRCNM.

—Yo era granjero de cuarta—dice Omar Runic—. Cogí la fiebre del heno.

—Yo estaba trabajando en mi segunda licenciatura en Artes —dice Gibbon Tacitus.

—Yo estaba en la banda del CRCNM—dice Sibelius Amadeus Yehudi—. Sólo salíamos para tocar en los campamentos, y eso era pocas veces.

—Chib, tú estuviste en el Cuerpo. Te gustaba, ¿no?

Chib asiente, pero dice:

—Ser un Neo-Amerindio requiere todo tu tiempo sólo para sobrevivir. ¿Cuándo podría pintar? ¿Y quién vería los cuadros, si tuviera tiempo para pintarlos? De todas formas, no es vida para una mujer o un niño.

Halcón Rojo parece dolido y pide un güisqui con S.

Pinkerton Legrand no quiere interrumpir su transmisión, pero no puede aguantar la presión de su vejiga. Camina hacia el cuarto utilizado como lavabo por los clientes. Halcón Rojo, de mal humor por la negativa recibida, extiende una pierna. Legrand tropieza, se agarra el vientre y avanza dando traspiés. Benedictine estira una pierna. Legrand cae de bruces. Ya no necesita ir al urinario, a no ser para lavarse.

Todos, excepto Legrand y Accipiter, ríen. Legrand se pone en pie de un salto, con los puños cerrados. Benedictine lo ignora y se encamina hacia Chib, con sus amigas detrás. Chib se envara. Ella dice:

—¡Bastardo perverso! ¡Me dijiste que sólo ibas a usar el dedo!

—Te estás repitiendo—dice Chib—. Lo importante es: ¿qué va a pasar con el niño?

—¿Qué te importa?—dice Benedictine—. ¡Por lo que sabes, podría no ser tuyo siquiera!

—Sería un alivio. Aun siendo así, el niño debería opinar en esto. Podría querer vivir..., incluso contigo por madre.

—¿En esta vida miserable?—grita ella—. Voy a hacerle un favor. Voy a ir al hospital y librarme de él. ¡Por tu culpa voy a perder mi gran oportunidad en el Festival del Pueblo! ¡Allí habrá representantes de todas partes, y yo no tendré ocasión de cantar para ellos!

—Eres una mentirosa—dice Chib—. Vas vestida para cantar.

La cara de Benedictine está roja; sus ojos, muy abiertos; las ventanas de la nariz le palpitan.

—¡Me has aguado la fiesta!—dice. Luego se vuelve y grita—: ¡Eh, escuchad todos, fijaos qué fallo! A este gran artista, a este gran pedazo de virilidad, a Chib el divino, ¡no se le levanta a menos que se la chupen antes!

Los amigos de Chib intercambian miradas.

—¿De qué va esta puta ahora? ¿Qué tiene eso de nuevo?

De las Eyaculaciones Privadas *del Abuelo:*

Algunas de las características de la religión Panamorita, tan vilipendiadas y odiadas en el siglo XXI, han llegado a ser cosa de todos los días en los tiempos modernos. ¡Amor, amor, amor, físico y espiritual! No basta

con besar y abrazar a los hijos. Pero la estimulación bucal de los genitales de los niños por los padres y parientes ha producido algunos curiosos reflejos condicionados. Podría escribir un libro sobre este aspecto de la vida del siglo XX y probablemente lo haga.

Legrand sale del lavabo. Benedictine abofetea a Chib. Éste le devuelve la bofetada. Gobrinus levanta una sección del mostrador y sale por la abertura, gritando: "¡Veneno! ¡Veneno!"

Choca con Legrand, que choca con Bela, que chilla, se vuelve y abofetea a Legrand, quien le contesta. Benedictine vacía un vaso de S en la cara de Chib. Aullando, él se levanta y le lanza un puñetazo. Benedictine se agacha, y el puño pasa sobre su hombro para darle a una amiga en el pecho.

Halcón Rojo se sube a la mesa y grita:

—Soy un oso-gato regular, medio caimán, medio...

La mesa, sostenida por un campo gravitónico, no puede soportar mucho peso. Se inclina y le catapulta entre las chicas, y todos caen. Ellas le muerden y le arañan, y Benedictine le aprieta los testículos. El chilla, se retuerce y lanza con los pies a Benedictine encima de la mesa. Esta ha recuperado su peso y altura normales pero ahora se inclina de nuevo, lanzándola al otro lado. Legrand, que atraviesa de puntillas el gentío hacia la salida, es derribado. Pierde algunos de los dientes frontales contra la rodilla doblada de alguien. Escupiendo sangre y dientes, se pone en pie de un salto y aporrea a un espectador.

Gobrinus dispara una pistola que lanza una pequeña bengala. Se supone que debe cegar a los camorristas y así devolverles el sentido común mientras recuperan la vista. Se cierne en el aire y brilla como

Una estrella sobre el manicomio.

El jefe de policía habla por el fido con un hombre que llama desde una cabina pública. El hombre ha desconectado el video y disimula su voz.

—Se están dando de leches en "El Universo Privado".

El jefe gruñe. El Festival acaba de empezar, y ellos ya están al tanto.

—Gracias. Los muchachos ya estarán de camino. ¿Cuál es su nombre? Me gustaría proponerle para una Medalla al Civismo.

—¡Ya! ¡Y zurrarme a mí también! No tengo ningún interés; sólo cumplo con mi deber. Además, no me gusta Gobrinus ni sus clientes. Son un puñado de chulos.

El jefe da órdenes a la División de Disturbios, se reclina y bebe una cerveza viendo la operación por el fido. De todas formas, ¿qué le pasa a esa gente? Siempre están armando bulla por algo.

Las sirenas ululan. Aunque los policías conducen silenciosos triciclos de impulsión eléctrica; aún se aferran a la tradición secular de avisar a los criminales de su llegada.

Cinco triciclos se detienen ante la puerta abierta de "El Universo Privado". Los policías desmontan y cambian impresiones. Sus cascos cilíndricos de dos pisos son negros y tienen unos escudos escarlata. Por algún motivo llevan gafas, aunque sus vehículos no pueden superar los 25 kilómetros hora. Sus guerreras son negras y peludas como la piel de un oso de peluche, y grandes hombreras doradas decoran sus hombros. Los pantalones, cortos, también son de piel, de un azul eléctrico; las botas, altas, de un negro lustroso. Llevan estoques de choque eléctrico y pistolas que disparan ampollas de gas lacrimógeno.

Gobrinus bloquea la entrada. El sargento O'Hara dice:

—Vamos, entremos. No, no tengo orden judicial de entrada. Pero conseguiré una.

—Si lo hace le demandaré—dice Gobrinus.

Sonríe. Si bien es cierto que la burocracia del Gobierno estaba tan enredada que él dejó de intentar adquirir una taberna legalmente, también lo es que el Gobierno le protegerá en este caso. La invasión de intimidad es un hueso muy duro de roer para la Policía.

O'Hara mira por la puerta a los dos cuerpos en el suelo, a los que se sujetan la cabeza y los costados y se limpian la sangre, y a Accipiter, sentado como un buitre que sueña en carroña. Uno de los cuerpos se levanta, poniéndose a cuatro patas, y gatea hasta la calle por entre las piernas de Gobrinus.

—¡Sargento, arreste a este hombre!—dice Gobrinus—. Lleva un fido ilegal. Le acuso de violación de intimidad.

La cara de O'Hara se ilumina. Al menos conseguirá un arresto para su hoja de servicios. Meten a Legrand en el coche celular, que llega precisamente detrás de la ambulancia. Halcón Rojo es llevado hasta el umbral por sus amigos. Abre los ojos en el momento en que le llevan en una camilla a la ambulancia, y balbucea.

O'Hara se inclina sobre él.

—¿Qué?

—Luché una vez contra un oso sólo con un cuchillo, y salí mejor librado que con estos parroquianos. Les acuso de asalto, agresión, asesinato y mutilación.

El intento de O'Hara de conseguir que Halcón Rojo firme una denuncia falla porque ahora está inconsciente. Maldice. Cuando Halcón Rojo empiece a sentirse mejor, se negará a firmar. No querrá que las chicas y sus amigos sean procesados por su causa, si tiene sentimientos.

A través de la ventanilla enrejada del coche celular, Legrand chilla:

—¡Soy un agente del Gomierdo! ¡No podéis arrestarme!

Los policías son llamados urgentemente para ir frente al Centro del Pueblo, donde una lucha entre jóvenes locales e invasores del Barrio Oeste amenaza convertirse en una masacre. Benedictine sale de la taberna. A pesar de varios golpes en los hombros y el estómago, una patada en las nalgas y un chichón en la cabeza, no da señales de perder el feto.

Chib, medio triste medio contento, la ve irse. Le causa una sorda pena el que le vayan a negar la vida al nino. Ahora ya se da cuenta de que parte de su repulsión por el aborto es identificación con el feto; sabe lo que el Abuelo cree que no sabe. Comprende que su nacimiento fue un accidente, afortunado o no. Si las cosas hubieran ocurrido de otro modo, no habn'a nacido. El pensamiento de su no existencia —no cuadros, no amigos, no risa, no esperanza, no amor—le aterroriza. Su madre, alcohólicamente negligente sobre la contracepción ha tenido muchos abortos, y él podría haber sido uno de ellos.

Viendo a Benedictine irse contoneando (a pesar de sus ropas desgarradas), se pregunta qué pudo ver en ella. Vivir con ella, incluso con un hijo, hubiera sido nauseabundo.

Al nido esperanzado de la boca

vuela de nuevo el amor;

se acurruca, empolla

flamea gloria emplumada,

reluce,

y entonces alza el vuelo,

cagando, como es costumbre de las aves,

para ayudar con fuerza de reacción al despegue.

Chib regresa a su casa, pero aún no se siente con ánimos de volver a su habitación. Se va al cuarto trastero. El cuadro está completo en sus siete octavas partes, pero no ha sido terminado porque a él no le satisfacía. Ahora lo saca de la casa y lo lleva a la de Runic, que está en el mismo Nido. Runic está en el Centro, pero siempre deja abierta la puerta cuando

sale. Tiene herramientas y materiales que Chib utiliza para terminar el cuadro, trabajando con una seguridad y concentración que le faltaban cuando lo empezó a crear. Después deja la casa de Runic, sosteniendo el gran lienzo oval sobre la cabeza.

Pasa más allá de los pedestales y bajo sus curvadas ramas, que terminan en ovoides. Bordea varios pequeños parques de hierba y árboles, camina bajo más casas y, en diez minutos, llega cerca del corazón de Beverly Hills. Allí el animado Chib ve

Tres tristes doncellas en el dorado atardecer,

navegando en una canoa sobre el lago Issus. Maryam Ben Yusuf, su madre y su tía sostienen negligentemente cañas de pescar y miran los alegres colores, la música y el gentío dicharachero que hay ante el Centro del Pueblo. Para entonces la policía ha disuelto la batalla juvenil y monta guardia a fin de asegurarse de que nadie más arme bulla.

Las tres mujeres están vestidas con las ropas oscuras de la secta fundamentalista de Mahoma Wahhabi, que ocultan completamente el cuerpo. No llevan velos; ni siquiera los Wahhabi siguen insistiendo en eso. Sus hermanos egipcios, en tierra, van vestidos con ropas modernas, vergonzosas y pecaminosas. A pesar de lo cual las doncellas los miran.

Sus hombres están en primera fila. Barbudos, vestidos como jeques en un documental del fido sobre alguna Legión Extrajera, murmuran juramentos guturales y silban ante la inicua exhibición de carne femenina. Pero miran.

Este pequeño grupo ha llegado de las reservas zoológicas de Abisinia, donde los pillaron cazando. Su gomierdo les dio a elegir entre tres alternativas: prisión en un centro de rehabilitación, en donde serían sometidos a tratamientos hasta hacerlos buenos ciudadanos, aunque tardaran el resto de sus vidas, emigración a la megápolis de Haifa, en Israel, o emigración a Beverly Hills, en LA.

¡Cómo! ¿Vivir entre los malditos judíos de Israel? Escupieron y eligieron Beverly Hills. ¡Ay! ¡Alá se había burlado de ellos! Ahora estaban rodeados de Pinkelsteins, Applebaums, Siegels, Weintraubs y otros de las infieles tribus de Isaac. Peor aún, Beverly Hills no tenía mezquita. O bien viajaban 40 kms. al día hasta el nivel 16 donde había una, o utilizaban una casa particular.

Chib corre hasta la orilla de plástico del lago, deja en el suelo su cuadro y hace una amplia reverencia, quitándose el sombrero algo aporreado. Maryam le sonríe, pero pierde la sonrisa cuando sus dos acompañantes la regañan.

—*Ya kelb! Ya ibn kelb!*—gritan las dos hacia él.

Chib les sonríe, agita el sombrero y dice:

—¡Encantado, desde luego, Mesdames! Oh, doncellas encantadoras, me recordáis a las Tres Gracias.

Entonces grita:

—¡Os amo, Maryam! ¡Os amo! ¡Sois para mí como la Rosa de Sharon! ¡Maravillosa, de ojos de gacela, virginal! ¡Os amo, sois la única luz en un negro firmamento de estrellas muertas! ¡Os llamo a través del vacío!

Maryam comprende el Inglés Mundial, pero el viento impide que le lleguen las palabras. Sonríe tontamente y Chib no puede evitar sentir una repulsión momentánea, un destello de ira, como si ella lo hubiera traicionado de algún modo. Sin embargo, se recupera y grita:

—¡Os invito a venir conmigo a la exposición! Vos, vuestra madre y vuestra tía seréis mis invitadas. ¡Podéis ver mis cuadros, mi alma, y saber qué clase de hombre va a raptaros en su Pegaso, paloma mía!

> *No hay nada tan ridículo como las efusiones verbales de un poeta enamorado. Libremente exageradas. Me río. Pero también me conmuevo. Viejo como soy, recuerdo mis primeros amores, los fuegos, los torrentes de palabras enfundados en luz, alentados de dolor. Queridas doncellas, la mayoría de vosotras estáis muertas; las demás, marchitas. Os envío un beso.*

La madre de Maryam se pone en pie en la canoa. Durante un segundo muestra su perfil a Chib, y él ve atisbos del halcón que será Maryam cuando tenga la edad de su madre. Maryam tiene ahora unos rasgos gentilmente aguileños "el sablazo de la espada del amor", ha llamado Chib a esa nariz—. Insolente pero maravillosa. Sin embargo, su madre parece una sucia águila vieja. Y su tía..., con algo no de águila, sino de camello en esos rasgos.

Chib hace a un lado las desfavorables comparaciones, incluso traicioneras. Pero no puede hacer lo mismo con los tres barbudos y sucios hombres con chilabas que se reúnen a su alrededor.

Chib sonríe, pero dice:

—No recuerdo haberles invitado.

No muestran ninguna expresión, ya que el inglés rápidamente hablado de LA es como camelo para ellos. Abu—nombre genérico de cualquier egipcio de Beverly Hills —gruñe un juramento tan antiguo que ya los habitantes premahometanos de la Meca lo conocían. Cierra un puño. Otro árabe da un paso hacia el cuadro y echa un pie atrás como para darle una patada.

En ese momento la madre de Maryam descubre que es tan peligroso ponerse en pie en una barca como en un camello. Es peor, porque las tres mujeres no saben nadar.

Tampoco sabe el árabe de edad mediana que ataca a Chib sólo para ver a su víctima echarse a un lado y después empujarlo al lago de una patada en las nalgas. Uno de los jóvenes se lanza sobre Chib; el otro inicia una patada hacia el cuadro. Ambos se detienen al oír gritar a las tres mujeres y verlas caer al agua.

Entonces los dos corren al borde del lago, donde también caen al agua empujados por las manos de Chib en sus espaldas. Un policía oye gritar y chapotear a los seis y corre hacia Chib. Chib empieza a preocuparse porque Maryam apenas consigue permanecer a flote. Su terror no es fingido.

Lo que Chib no comprende es por qué todos siguen comportándose así. Sus pies deben de hacer fondo; el agua no les llega a la barbilla. A pesar de lo cual parece como si Maryam se fuera a ahogar. Lo mismo les pasa a los otros, pero ésos no le interesan. El debería ir a por Maryam. Sin embargo, si lo hace tendrá que cambiarse de ropa antes de ir a la exposición.

Al pensar eso se ríe en voz alta y después incluso más fuerte, cuando el policía se mete en el agua a por las mujeres. Coge el cuadro y se va, riendo. Antes de llegar al Centro, se pone serio.

—Vaya, ¿cómo es posible que el Abuelo tuviera tanta razón? ¿Cómo me lee tan bien? ¿Soy inconstante, demasiado superficial? No, me he enamorado demasiado profundamente demasiadas veces. ¿Qué puedo hacer si amo la Belleza, y las bellezas a las que amo no tienen bastante Belleza? Mis ojos son demasiado exigentes; anulan los impulsos de mi corazón.

La masacre del sentido común

El recibidor (uno de los doce del Centro) en que entra Chib fue diseñado por el Abuelo Winnegan. El visitante llega a un largo túnel curvo revestido de espejos en diversos ángulos. Ve una puerta triangular al final del pasillo. La puerta parece demasiado pequeña para que pase por ella nadie de más de nueve anos. La ilusión hace al visitante sentirse como si fuera subiendo por las paredes según avanza hacia la puerta. Al final del corredor, el visitante está convencido de que anda por el techo.

Pero la puerta crece al acercarse hasta que se hace inmensa. Ciertos comentaristas han opinado que esta entrada es para el arquitecto la representación simbólica de la puerta al mundo del arte. Uno debería ponerse cabeza abajo antes de entrar en el país de las maravillas de la estética.

Al entrar, el visitante piensa en un principio que la inmensa sala está vuelta hacia fuera como un guante. Se desconcierta aún más. La pared más lejana parece realmente la más próxima hasta que el visitante se reorienta. Algunos no pueden adaptarse y tienen que salir antes de desmayarse o vomitar.

A la derecha hay un sombrero con un cartel: EMPALE LA CABEZA AQUÍ. Un doble juego de palabras del Abuelo, que siempre lleva las bromas demasiado lejos para el gusto de la mayoría. Si el Abuelo sobrepasa los limites del buen gusto verbal, su tataranieto

ha sobrepasado la Luna en sus cuadros. Treinta de los más recientes han sido expuestos, incluyendo los tres últimos de su Serie del Perro: *La estrella del perro, El deseo del perro y El perro en fila india.* Ruskinson y sus discípulos amenazan con destrozarlos en su crítica. Luscus y su manada los alaban, pero se contienen. Luscus les ha dicho que esperen a que hable con el joven Winnegan antes de deshacerse en elogios. Los hombres del fido están ocupados en fotografiar y entrevistar a ambos críticos y en tratar de provocar una discusión.

La sala principal del edificio es una gran semiesfera con un techo brillante cuyo color recorre el arco iris cada nueve minutos. El suelo es un tablero de ajedrez gigantesco, y en el centro de cada cuadro se ve el rostro de una gran figura de las artes. Miguel Angel, Mozart, Balzac, Zeuxis, Beethoven, Li Po, Twain, Dostoievsky, Farmisto, Mbuzi, Cupel, Krishnagurti, etc. Se han dejado diez cuadros sin rostro para que las generaciones futuras puedan añadir sus propios elegidos para la inmortalidad.

La parte baja de la pared está cubierta de murales que representan acontecimientos importantes en la vida de los artistas. Junto a la curva pared hay nueve tarimas, una para cada una de las Musas. En un pedestal sobre cada tarima hay una estatua gigante de la diosa que inspira el arte correspondiente. Están desnudas y tienen formas demasiado maduras: grandes pechos, anchas caderas, piernas gruesas, como si el escultor pensara en ellas como en diosas de la Tierra, no como en tipos intelectuales refinados.

Las caras tienen la estructura básica de los suaves rostros plácidos de las estatuas de la Grecia clásica, pero tienen una expresión de indecisión alrededor de la boca y los ojos. Los labios sonríen, pero parecen dispuestos a estallar en una regañina. Los ojos son profundos y amenazadores. NO ME VENDAS, dicen. SI LO HACES...

Una cúpula de plástico se extiende sobre cada tarima; tiene propiedades acústicas que impiden a quien no está bajo ella oír los sonidos procedentes de la tarima y viceversa.

Chib se abre camino por entre la ruidosa multitud hacia la tarima de Polimnia, la musa que inspira al pintor. Bordea la tarima en que Benedictine, de pie, está declamando su corazón de plomo en una alquimia de notas áureas. Ella lo ve y, de algún modo, se las arregla para dirigirle una mirada asesina y al mismo tiempo seguir sonriendo a su auditorio. Chib la ignora, pero observa que se ha cambiado el vestido desgarrado en la taberna. Ve también a los muchos policías estacionados en el edificio. La gente no parece estar de un humor explosivo. En realidad, parece feliz, si bien agitada. Pero la policía sabe cuán engañoso puede ser eso. Una chispa y...

Chib pasa junto a la tarima de Ca~ope, donde Omar Runic está improvisando. Llega a la de Polimnia, saluda con la cabeza a Rex Luscus, que le contesta con la mano, y coloca su cuadro en la tarima. Se titula *La masacre de los inocentes* (subtítulo*: El perro en el pesebre*).

El cuadro representa un establo.

El establo es una cueva con estalactitas de curiosas formas. La luz que rompe—o se rompe—a través de la cueva es del rojo de Chib. Penetra en cada objeto, duplica su intensidad y después se expande desigualmente. El observador, al moverse de un lado a otro para obtener una vista completa, puede realmente ver los muchos niveles de luz según se mueve, y así capta atisbos de las figuras que hay bajo las exteriores.

Las vacas, ovejas y caballos están ante comederos, al fondo de la cueva. Algunos miran con horror a María y al niño. Otros tienen la boca abierta, evidentemente intentando dar calor a María. Chib ha tenido en cuenta la leyenda según la cual los animales del pesebre podían hablar entre sí la noche en que nació Cristo.

José, un anciano cansado, tan encorvado que no parece tener columna vertebral, está en un rincón. Lleva dos cuernos, pero cada uno tiene un halo, así que todo está bien.

María da la espalda al lecho de paja en que se supone que está el niño. Por una trampilla del suelo de la cueva se asoma un hombre para colocar un gran huevo en el lecho de paja. Está en una cueva inferior, va vestido con ropas modernas, tiene una expresión alcohólica y, como José, se encorva como si estuviera invertebrado. Tras él una mujer muy gorda, notablemente parecida a la madre de Chib, sostiene al niño, que le ha pasado el hombre antes de poner el huevo bastardo en la cuna de paja.

El niño tiene una cara exquisitamente hermosa y es bañado por una luz blanca que emana de su halo. La mujer le ha quitado el halo de la cabeza y está usando el agudo borde para destriparlo.

Chib tiene profundos conocimientos de anatomía, ya que diseccionó muchos cadáveres cuando estudiaba para doctorarse en Arte, en la Universidad de Beverly Hills. El cuerpo del niño no es innaturalmente alargado, como tantas de las figuras de Chib. Es más que fotográfico: parece un niño de verdad. Sus intestinos se desbordan por un gran hueco sangrante.

Los espectadores reciben un impacto en sus entrañas como si aquello no fuera un cuadro sino un niño real, rajado y destripado, encontrado en el umbral al salir de casa.

El huevo tiene una cáscara semitransparente. En su oscura yema flota un repugnante pequeño demonio con cuernos, pezuñas y cola. Sus borrosas facciones parecen una combinación de las de Henry Ford y las del Tío Sam. Cuando los espectadores se mueven a uno y otro lado, aparecen los rostros de otros: personalidades en el desarrollo de la sociedad moderna.

La ventana está llena de animales salvajes que han venido para adorar pero se han quedado para gritar en silencio, horrorizados. Las bestias en primera fila son las que han sido exterminadas por el hombre o sobreviven sólo en zoológicos y reservas naturales. El dodo, la ballena azul, la paloma mensajera, la cebra, el gorila, el orangután, el oso polar, el puma, el león, el tigre, el oso pardo, el cóndor de California, el canguro, el murciélago, el rinoceronte, el águila calva.

Tras ellos hay otros animales y, en una colina, las oscuras formas acuclilladas del aborigen de Tasmania y del indio haitiano.

—¿Cuál es su apreciada opinión de este verdaderamente notable cuadro, doctor Luscus?—pregunta un reportero del fido.

Luscus sonríe y dice:

—Tendré un juicio serio dentro de pocos minutos. Quizá sería mejor que hablase usted primero con el doctor Ruskinson. Parece haber decidido inmediatamente. Tontos y ángeles, ya sabe usted.

La roja cara y el grito de furia de Ruskinson se transmiten por el fido.

—¡El pedo oído en todo el mundo!—dice Chib en voz alta.

—¡INSULTO! ¡ESCUPITAJO! ¡MIERDA PLASTICA! ¡UN GOLPE EN LA CARA DEL ARTE Y UNA PATADA EN EL CULO DE LA HUMANIDAD! ¡INSULTO! ¡INSULTO!

—¿Por qué es un insulto, doctor Ruskinson?—pregunta el reportero del fido—. ¿Porque se burla de la fe cristiana y también de la fe panamorita? A mí no me lo parece. Me parece que Winnegan intenta decir que los hombres han pervertido al cristianismo. Quizás a todas las religiones, a todos los ideales, por sus propios ávidos propósitos de autodestrucción; que el hombre es básicamente un asesino y un pervertidor. Al menos eso es lo que yo saco del cuadro, aunque desde luego sólo soy un simple profano y..

—¡Deje a los críticos hacer la crítica, joven!—se desgañita Ruskinson—. ¿Tiene usted un doble doctorado en Filosofía, especialidades de Psiquiatría y Arte? ¿Ha sido usted reconocido como crítico por el Gobierno?

"Winnegan, esa abominación de Beverly Hills, que en cualquier caso no tiene ningún talento, aparte de ese genio sobre el que varios mamones autoengañados parlotean, presenta su chatarra, en realidad un revoltijo que sólo ha llamado la atención a causa de una nueva técnica que cualquier operario electrónico podría inventar; me pone negro que un simple truquillo, una tonta novedad, pueda engañar no sólo a ciertos sectores del público sino también a críticos muy educados y reconocidos oficialmente, tales como el doctor Luscus... Aunque siempre habrá burros académicos que rebuznen tan fuerte, pomposa y oscuramente que...

—¿No es cierto que muchos pintores a quienes ahora llamamos grandes—pregunta el reportero del fido—, como Van Gogh, fueron condenados o ignorados por sus críticos contemporáneos? Y...

El reportero, hábil en provocar la ira para beneficio de sus espectadores, hace una pausa. Ruskinson se hincha, su cabeza como una vena un segundo antes del aneurisma.

—¡No soy un profano ignorante!—chilla—. ¡No puedo evitar que haya habido otros Luscus en el pasado! ¡Sé de lo que estoy hablando! Winnegan es sólo un micrometeorito en el firmamento del Arte, indigno de lustrar los zapatos de las grandes luminarias de la pintura. Su reputación ha sido creada por cierta pandilla para poder brillar reflejada en la gloria; hienas que muerden la mano que las alimenta, como perros locos...

—¿No está mezclando usted un poco las metáforas?—pregunta el reportero del fido.

Luscus toma tiernamente la mano de Chib y lo aparta a un lado, fuera del campo visual del fido.

—Querido Chib—cloquea—, ahora es el momento de decidirte. Sabes cuán vastamente te amo, no sólo como artista sino también por ti mismo. Debe de ser imposible para ti resistir más tiempo las profundas vibraciones de simpatía que saltan sin trabas entre nosotros. Dios, si al menos supieras cómo he soñado contigo, mi glorioso, mi divino Chib.

—Si crees que voy a declr "sí" porque tienes el poder de hacer o romper mi reputación, de negarme el premio, estás equivocado —dice Chib.

Se suelta la mano de un tirón.

El ojo sano de Luscus brilla de ira. Dice:

—¿Me encuentras repulsivo? Seguramente no puede ser por motivos morales...

—Es una cuestión de principios—dice Chib—. Aun cuando estuviera enamorado de ti, que no lo estoy, no te dejaría hacerme el amor. Quiero ser juzgado sólo por mis méritos, simplemente. Puesto a pensarlo, me importa un comino la opinión de cualquiera. No quiero oír alabanzas o condenaciones de ti ni de nadie. Mirad mis cuadros y hablad entre vosotros, chacales. Pero no intentéis hacerme estar de acuerdo con vuestras pequeñas imágenes de mí.

El único buen crítico es el crítico muerto

Omar Runic ha dejado su estrado y ahora está de pie ante los cuadros de Chib. Coloca una mano sobre la parte izquierda de su desnudo pecho, donde está tatuada la cara de Herman Melville Homero ocupa el otro lugar de honor, en la parte derecha. Grita con fuerza, con los negros ojos semejantes a las puertas de un horno arrancadas por su explosión. Como ha ocurrido otras veces, es presa de inspiración surgida de los cuadros de Chib:

Llámame Ahab, No Ishmael,

porque he arponeado al Leviatán.

Soy el retoño

del asno salvaje hecho hombre.

¡Mis ojos lo han visto todo!

Mi pecho es como el vino en cuba hermética;

soy un mar con puertas, pero están cerradas.

¡Mira! La piel estallará; la puertas se romperán.

Tú eres Nimrod, digo a mi amigo Chib.

Y ahora es cuando Dios dice a sus ángeles:

"Si esto es lo que puede hacer nada más empezar,

nada es imposible para él.

Tocará su cuerno de caza ante las murallas del Cielo,

y exigirá la Luna como rehén,

a la Virgen por esposa,

y pedirá una parte en los beneficios

de la Gran Puta de Babilonia.

—¡Haced callar a ese hijo de puta! —grita el director del Festival—. ¡Va a provocar un tumulto como el año pasado!

Los policías empiezan a entrar. Chib ve a Luscus, que está hablando al reportero del fido. No puede oírle, pero está seguro de que Luscus no está elogiándolo.

Melville escribió sobre mí mucho antes de que yo naciera.

Soy el hombre que quiere comprender el Universo,

pero comprenderlo en mis propios términos.

Soy Ahab, cuyo odio debe taladrar, romper

todo obstáculo de Tiempo, Espacio o Mortalidad del Ser,

y lanzar su feroz incandescencia a la Matriz de la Creación,

perturbando en su cubil

a quién sabe qué Fuerza o Cosa Desconocida que allí se agazapaJ

remota, molesta, no revelada.

El director hace gestos a la policía de que se lleve a Runic. Ruskinson aún está gritando, aunque las cámaras enfocan a Runic o a Luscus. Uno de los Jóvenes Rábanos, Huga Wells-Erb Heinsturbury, la autora de ciencia ficción, tiembla de histeria causada por la voz de Runic, y de sed de venganza. Está acercándose a un reportero del fido, de *Time*. *Time* dejó hace mucho de ser una revista, pues ya no hay revistas, pero se convirtió en una agencia de noticias subvencionada por el Gobiemo. *Time* es un ejemplo del doble juego del Tío Sam: el de la política de proporcionar a las agencias de noticias todo lo que necesitan y al mismo tiempo permitir a los ejecutivos de cada agencia determinar las directrices de la misma. Así, los planes del Gobierno y la libre expresión van unidos. Eso es estupendo, al menos en teoría.

Time ha conservado algunas de sus líneas de conducta originales, a saber: la verdad y la objetividad deben ser sacrificadas en aras de la ingeniosidad, y la ciencia ficción debe ser

aplastada. *Time* se ha burlado de todos y cada uno de los trabajos de Heinsturbury, y así, ella está decidida a conseguir alguna satisfacción personal del daño causado por las innobles críticas.

Quid nuno? Cui bono?

¿Tiempo? ¿Espacio? ¿Substancia? ¿Accidente?

Tras la muerte... ¿Infierno? ¿Nirvana?

La nada no es nada en que pensar.

Truenan los cañones de la filosofía,

sus proyectiles son trapos.

Las pilas de municiones de la teología saltan,

dispersas por la Razón saboteadora.

Llámame Efraím,

pues fui detenido en el Vado de Dios

y no pude pronunciar la contraseña sibilante.

Bueno, no puedo vocalizar shi-bboleth,

¡pero puedo decir "mierda"!

Huga Wells-Erb Heinsturbury le da una patada en los testículos al reportero de *Time*. Él levanta los brazos, y la cámara, de la forma y tamaño de un balón de fútbol, sale disparada de sus manos y golpea a un joven en la cabeza. El joven es un Joven Rábano, Ludwig Euterpo Mahlzart. Está consumiéndose de rabia a causa de la crítica adversa a su poema musical *Paleando el carbón de los infiernos del futuro*, y la cámara es el combustible extra necesario para hacerle inflamarse incontrolablemente. Le da un puñetazo al principal crítico musical en el grueso vientre.

Huga, que no el reportero del *Time*, chilla de dolor. Ha golpeado con los dedos desnudos del pie la coraza de plástico duro con que el reportero, receptor de muchas patadas semejantes, se protege los genitales. Huga brinca sobre un pie, sujetándose el otro con las manos. Tropieza con una chica, y se produce una reacción en cadena. Un hombre cae contra el reportero de *Time*, que se ha agachado para recoger la cámara.

—¡Aaaah!—grita Huga, y le arranca el casco al reportero, lo derriba y le golpea en la cabeza con el objetivo de la cámara. Como ésta, transistorizada, aún funciona, envía a miles de millones de espectadores algunas escenas muy interesantes, si bien aturdidoras. La sangre

oscurece un lado de la imagen, pero no tanto como para que los espectadores se desorienten completamente. Y entonces ven otro cambio de escena al saltar de nuevo la cámara por el aire, girando y girando.

Un policía ha empujado su estoque eléctrico contra la espalda de Huga, haciéndola atiesarse y lanzar la cámara en un alto arco tras ella. El amante de turno de Huga se agarra al policía; ruedan por el suelo; un joven del Barrio Oeste coge el estoque eléctrico y se divierte apaleando a los adultos a su alrededor hasta que un joven local salta sobre él.

—Los follones son el opio del pueblo —gruñe el jefe de policía.

Llama a todas las unidades y al jefe de policía del Barrio Oeste, que ya tiene sus propios problemas.

Runic se golpe el pecho y aúlla:

¡Señor, existo!

Y no me digas, como a Crane,

que eso no te crea obligaciones respecto a mí.

Soy un hombre; soy único.

He lanzado el Pan por la ventana,

me he meado en el Vino,

he sacado el tapón del fondo del Arca,

he cortado el Arbol para hacer leña y,

si hubiera un Espíritu Santo,

lo conduciría como a un ganso, con una vara.

Pero sé que todo esto no significa una mierda maldita de Dios,

que nada significa nada,

que es es es y no es no es no es,

que una rosa es una rosa es una,

que estamos aquí y no estaremos,

¡y eso es todo lo que podemos saber!

Ruskinson ve a Chib venir hacia él; chilla e intenta escapar. Chib coge el lienzo *Dogmas de un perro* y le golpea en la cabeza con él. Luscus protesta con horror, no por el

daño causado a Ruskinson, sino porque el cuadro podría sufrir desperfectos. Chib se vuelve y golpea a Luscus en el estómago con el borde ovalado.

La Tierra da bandazos como un barco que se hunde,

con la popa casi arrancada por la riada de excrementos

de los cielos y las profundidades,

que Dios, en Su terrible generosidad,

ha concedido al oír gritar a Ahab:

"¡Mierda! ¡Mierda!".

Lloro al pensar que éste es el Hombre

y éste su fin.

Pero, ¡mira!,

en la cresta de la riada,

un buque de tres palos de antigua forma.

¡El Holandés Errante!

YAhab está en pie sobre la cubierta de un barco, una vez más.

¡Reíd, Hados, y burlaos, Norns!

Pues soy Ahab y soy el Hombre,

y aunque no puedo abrir un agujero en el muro de Lo Que Parece

para coger un puñado de Lo Que Es

pese a todo seguiré golpeándolo.

Y mi tripulación y yo no cejaremos,

aunque las cuadernas se rompan bajo nuestros pies

y nos hundamos hasta hacernos indistinguibles

del excremento general.

Durante un momento que arderá en el Ojo

de Dios para siempre,

Ahab se yergue,

silueteado contra la llamada de Orión

puño cerrado—falo sangriento—,

como Zeus exhibiendo el trofeo de la castración de su Cronos.

Y entonces él, su tripulación y su barco

se hunden y chocan de frente con el borde del mundo.

Y según se dice, todavía están

c

a

y

e

n

d

o.

Chib es convertido en una masa temblorosa por la sacudida del estoque eléctrico de un policía. Mientras se recupera, Oye la voz del Abuelo salir del transceptor de su sombrero.

—¡Chib, ven rápido! ¡Accipiter ha entrado y está intentando pasar por la puerta de mi habitación!

Chib se levanta, lucha y se abre camino hasta la salida. Cuando llega, jadeante, a su casa encuentra que la puerta de la habitación del Abuelo ha sido abierta. Los hombres de la ORI y unos técnicos electrónicos están en el umbral. Chib irrumpe en la habitación. Accipiter está de pie, en el centro, pálido y temblando. Piedra nerviosa. Ve a Chib, se encoge y retrocede, diciendo:

—No ha sido culpa mía. Tenía que entrar. Era la única manera de saberlo seguro. No ha sido culpa mía, yo no lo toqué.

La garganta de Chib se cierra sobre sí misma. No puede hablar. Se arrodilla y coge la mano del Abuelo. El Abuelo tiene una suave sonrisa en los labios lívidos. De una vez por todas, ha eludido a Accipiter. En sus manos está la última hoja de sus *Memorias*:

A través de Balaklavas de odio, cargan contra Dios

Durante la mayor parte de mi vida, sólo he visto algunas personas sinceramente devotas y una gran mayoría de verdaderos indiferentes. Pero ha surgido un nuevo espíritu. Muchos jóvenes han resucitado no un amor a Dios, sino una violenta antipatía contra Él. Eso me anima y me reconforta. Jóvenes como mi nieto y Runic gritan blasfemias, y así Le reverencian. Si no creyeran, nunca pensarían en Él. Ahora tengo confianza en el futuro.

A las estacas por la Estigia

Vestidos de negro, Chib y su madre bajan por la entrada del tubo que lleva al nivel 13B. Es de paredes luminosas, espacioso, y el transporte es gratis. Chib le dice al fido expendedor de billetes su destino. Tras la pared, el ordenador proteínico, no mayor que un cerebro humano, calcula. Un billete codificado sale deslizándose por una ranura. Chib lo coge y se dirigen al puerto, un gran andén curvado, donde inserta el billete en otra ranura. Sale otro y una voz mecánica repite la información del billete en Inglés Mundial y en Inglés de LA, por si no saben leer.

Las góndolas salen al puerto y deceleran hasta detenerse. Sin ruedas, flotan en un campo gravitónico en continuo ajuste. Secciones del andén retroceden formando embarcaderos para las góndolas. Los pasajeros entran en los vagones destinados a ellos. Los vagones avanzan; sus puertas se abren automáticamente. Los pasajeros suben a las góndolas. Se sientan y esperan mientras la red de seguridad se cierra sobre ellos. De sus nichos en el casco se alzan paredes curvas de plástico transparente y se unen formando una cúpula.

Automáticamente cronometradas, controladas por ordenadores proteínicos triplicados para mayor seguridad, las góndolas esperan hasta que la costa está libre. Al recibir el permiso de avance, salen despacio del puerto hacia el tubo. Hacen una pausa para obtener otra confirmación del permiso, triplemente comprobado en cuestión de microsegundos. Después entran suavemente en el tubo.

¡Whooosh! ¡Whooosh! Otras góndolas les adelantan. El tubo reluce, amarillento como si estuviera lleno de gas electrificado. La góndola acelera rápidamente. Algunas aún les adelantan, pero Chib acelera y pronto ya no pueden alcanzarle. La redondeada popa de la góndola delantera es una presa brillante que no será capturada a menos que reacelere antes de amarrar en su puerto de destino. No hay muchas góndolas en el tubo. A pesar de la población de 100 millones, hay poco tráfico en la ruta Norte-Sur. La mayoría de los habitantes de LA se quedan entre las autosuficientes paredes de sus Nidos. Hay más tráfico en los tubos Este-Oeste, ya que un pequeño porcentaje prefiere las playas públicas del océano a las piscinas municipales.

El vehículo ruge hacia el sur. Después de algunos minutos, el tubo comienza a inclinarse hacia abajo y, de repente, llega a formar un ángulo de cuarenta y cinco grados con la horizontal. Atraviesan como centellas nivel tras nivel.

Al otro lado de las transparentes paredes, Chib ve fugazmente la gente y arquitectura de otros barrios. El nivel 8, Long Beach, es interesante. Sus casas son como dos bandejas de pastel talladas en cristal de roca, una encima de otra, concavidad sobre concavidad, y el

conjunto montado sobre una columna esculpida con relieves la rampa de entrada y salida es como un contrafuerte volante.

En el nivel 3A el tubo vuelve a la horizontal. Ahora la góndola corre a lo largo de establecimientos cuya vista obliga a Mamá a cerrar los ojos. Chib le aprieta la mano y piensa en sus primos y hermanastros que están tras el plástico amarillento. Este nivel contiene un 15% de la población: los retrasados, los locos incurables, los demasiados feos, los monstruosos, los seniles. Pululan aquí, con los rostros vacuos o retorcidos apretados contra la pared del tubo para ver pasar flotando a los coches bonitos.

La "humanitaria" ciencia médica mantiene vivos a los niños que —por imperativo de la Naturaleza—"deberían" haber muerto. A partir del siglo XX, seres humanos con genes defectuosos han sido salvados de la muerte. De ahí la continua expansión de esos genes. Lo trágico es que la ciencia, hoy día, puede detectar y corregir los genes defectuosos en el óvulo y en el espermatozoide. En teoría, todos los seres humanos podrían ser bendecidos con cuerpos totalmente sanos y cerebros perfectos. Pero el obstáculo es que no tenemos ni mucho menos suficientes médicos y equipos para soportar el ritmo de los nacimientos. A pesar del descenso constante en la cantidad de los mismos.

La ciencia médica mantiene a la gente en vida tanto tiempo que surge la senilidad. Así, cada vez hay más decrépitos ancianos babeantes sin mente. Y también una acumulación progresiva de los mentalmente inútiles. Hay terapias y drogas para volver a la "normalidad" a la mayoría, pero no bastantes médicos y equipos. Algún día quizá los haya, pero eso no ayuda a los infortunados de hoy.

¿Qué hacer, entonces? Los antiguos griegos abandonaban en los campos a los niños defectuosos para que murieran. Los esquimales embarcaban a sus ancianos en bancos de hielo flotantes, enviándolos a la deriva. ¿Deberíamos asfixiar a nuestros niños anormales y a nuestros viejos seniles? A veces pienso que es lo caritativo. Pero no puedo pedir a otro que apriete el botón que yo no pulsaría.

Mataría al primer hombre que se d irigiera a él.

La góndola se acerca a una de las escasas intersecciones. Sus pasajeros ven el tubo de ancha boca, abajo y a la derecha. Un rápido vuela hacia ellos; reluce. Curso de colisión. Ellos ya conocen eso, pero no pueden evitar aferrarse a la red, rechinar los dientes y tensar las piernas. Mamá suelta un gritito. El rápido se abalanza por encima de ellos y desaparece; el chillido ululante del aire es como el de un alma en su camino al juicio del inframundo.

El tubo desciende de nuevo hasta recuperar la horizontalidad en el nivel 1. Ven el suelo, debajo, y los macizos pilares autorregulados que soportan la megápolis. Zumban sobre una pequeña ciudad extraña: el LA de principios del siglo XXI, conservado como museo, uno de los muchos que hay bajo el hexaedro.

Quince minutos después de embarcar, los Winnegan llegan a la estación terminal. Un ascensor les lleva a la superficie, donde entran en una gran limusina negra. Esta ha sido proporcionada por una empresa privada de pompas fúnebres, ya que el Tío Sam o el Gobierno de LA pagarían una cremación pero no un entierro. La Iglesia ya no insiste en el entierro, dejando a sus fieles elegir entre ser cenizas al viento o cuerpos bajo la tierra.

El sol está a medio camino del cenit. Mamá comienza a respirar con dificultad y sus brazos y cuello enrojecen y se hinchan. Las tres veces que ha estado fuera de los muros ha sido atacada por esta alergia, a pesar del aire acondicionado de la limusina. Chib le palmea la

mano, mientras viajan por una carretera burdamente parcheada. El arcaico vehículo de 80 años, a pesar de ser de gasolina y de ir dirigido por un motor eléctrico, sólo avanza con brusquedades si se le compara con la góndola. Recorre rápidamente los 10 kilómetros hasta el cementerio, deteniéndose en una ocasión para perrnitir a un ciervo cruzar la carretera.

El padre Fellini les saluda. Está apenado porque tiene la obligación de decirles que la Iglesia piensa que el Abuelo ha cometido sacrilegio. Quitarle el sitio al cuerpo de otro hombre, decir misa sobre el suyo, enterrarlo en suelo sagrado, es blasfemar. Además el Abuelo murió como un delincuente no arrepentido. Al menos por lo que sabe la Iglesia, no hizo acto de contrición antes de morir.

Chib esperaba esta negativa. El párroco de la Iglesia de la Virgen María, en Beverly Hills 14, se negó a oficiar un funeral por el Abuelo en ese templo. Pero el Abuelo le dijo a menudo a Chib que quería ser enterrado con sus antepasados, y Chib está decidido a que ese deseo se cumpla.

Chib dice:

—¡Lo enterraré yo mismo! ¡En el borde del cementerio!

—¡No puede hacerlo!—dicen simultáneamente el sacerdote los enterradores y un agente federal.

¡Y una leche que no puede! ¿Dónde está la pala?

Es entonces cuando ve la cara delgada y la nariz aguileña de Accipiter. El agente está supervisando la exhumación del féretro del Abuelo (del primero). Cerca hay al menos cincuenta reporteros del fido transmitiendo con sus minicámaras, con los transceptores flotando algunas decenas de metros más allá. El Abuelo está teniendo una gran publicidad, como corresponde al Último de los Milmillonarios y al Mayor Delincuente del Siglo.

Reportero del fido:

—Señor Accipiter, ¿podría concedernos unas palabras? No exagero al decir que hay, probablemente, al menos diez mil millones de personas viendo este acontecimiento histórico. Al fin y al cabo, incluso los niños de la escuela primaria saben quién era Vuelvoaganar Winnegan.

"¿Cómo se siente? Usted ha estado a cargo del caso durante veintiséis años. Su terminación con éxito debe de satisfacerle mucho.

Accipiter, sin sonreír, como la esencia de la diorita:

—Bueno, en realidad no me he dedicado todo el tiempo a este caso. Sólo unos tres años de tiempo acumulado. Pero, ya que he trabajado en él al menos durante varios días al mes, se podría decir que he estado sobre la pista de Winnegan durante veintiséis años.

Reportero:

—Se ha dicho que el fin de este caso significa también el fin de la ORI. Si no nos han informado mal, la ORI se mantenía en funcionamiento sólo por Winnegan. Usted tuvo otras ocupaciones, desde luego, durante este tiempo, pero la investigación de falsificadores y tahúres que no declaran sus ingresos se ha transferido a otras oficinas. ¿Es cierto eso? En ese caso, ¿qué piensa hacer?

Accipiter, soltando un gallo de emoción:

—Sí, la ORI se va a disolver. Pero no hasta que termine el proceso contra la nieta de Winnegan y su hijo. Lo escondieron y, por tanto, son cómplices del delito.

"De hecho, casi toda la población de Beverly Hills, nivel 14, debería ser procesada. Sé, aunque no lo puedo demostrar, que todos, incluyendo al jefe de policía municipal, estaban muy al corriente de que Winnegan se ocultaba en esa casa. Incluso el párroco lo sabía, ya que le aconsejó que se reformara y se negó a darle la absolución a menos que lo hiciera.

"Pero Winnegan, un "ratón", quiero decir delincuente, endurecido donde los haya, no quiso seguir los consejos del sacerdote. Sostenía que no había cometido un delito; que, lo creyeran o no, el Tío Sam era el delincuente. ¡Imaginen la desvergüenza, la depravación de ese hombre!

Reportero:

—¿No pensará usted arrestar a toda la población de Beverly Hills 14?

Accipiter:

—Me han aconsejado que no lo haga.

Reportero:

—¿Va a retirarse cuando este caso quede cerrado?

Accipiter:

—No. Pienso pedir la transferencia a la Oficina de Homicidios de LA Mayor. El asesinato por interés apenas existe ya, pero aún hay crímenes pasionales, gracias a Dios.

Reportero:

—Desde luego, si el joven Winnegan ganara su pleito contra usted..., le ha acusado de invasión de intimidad doméstica, irrupción ilegal en el hogar y de causar directamente la muerte de su tatarabuelo, usted no podría trabajar para la Oficina de Homicidios ni para ningún otro departamento de policía.

Accipiter, fallándole de nuevo la voz por la emoción:

—¡No es de extrañar que a los defensores de la ley nos resulte tan difícil actuar con eficacia! A veces, no sólo parecen estar de parte del delincuente la mayoría de los ciudadanos, sino que mis propios jefes...

Reportero:

—¿Le importaría completar esa frase? Estoy seguro de que sus jefes están escuchando este canal, ¿no? Entiendo que, por algún motivo se ha planificado que los juicios de Winnegan y de usted tengan lugar "al mismo tiempo". ¿Cómo espera estar presente en ambos?... ¡Algunos comentaristas del fido le llaman El Hombre Simultáneo!

Accipiter, enrojeciendo:

—¡Es por culpa de algún técnico idiota! Alimentó los datos al ordenador legal incorrectamente. Y él, o algún otro, desconectó el circuito de corrección de errores, y el ordenador se quemó. Se sospecha que el técnico cometió el error deliberadamente, al menos lo sospecho yo, y que me demande el imbécil si quiere, de todas formas, ha habido demasiados casos como éste, y...

Reportero:

—¿Le importaría resumir el desarrollo de este caso para nuestros espectadores? Sólo lo más importante, por favor.

Accipiter:

—Bien, eh..., como saben, hace cincuenta años todas las grandes empresas privadas se habían convertido en oficinas del Gobierno. Todas excepto una empresa de construcción, la Compañía Finnegan de Cincuenta y tres Estados, cuyo presidente era Finn Finnegan. Él era el padre del hombre que va a ser enterrado, en algún sitio hoy.

"También todos los sindicatos excepto el mayor, el de la construcción, se habían disuelto o eran del Gobierno. En realidad, la compañía y el sindicato eran todo uno, ya que los empleados controlaban el noventa y cinco por ciento del capital, distribuido más o menos uniformemente entre ellos. El viejo Finnegan era el presidente de la compañía y el secretario ejecutivo del sindicato.

"Por las buenas o por las malas, especialmente por las malas, creo, la empresa-sindicato había resistido la inevitable absorción. Se investigaron los métodos de Finnegan: coacción y chantaje sobre los senadores USA e incluso sobre los jueces del Tribunal Supremo USA. Sin embargo, no se demostró nada.

Reportero:

—Para nuestros espectadores, que pueden estar poco fuertes en historia, diremos que ya hace cincuenta años el dinero sólo se usaba para comprar chucherías no suministradas por el Estado. Su otra utilidad, como hoy, era la de indicador de prestigio y de nivel social En cierto momento, el Gobierno pensó en librarse por completo del dinero, pero un estudio reveló que tenía un gran valor psicológico También se conservó el impuesto sobre la renta, aunque al Gobierno no le servía para nada el dinero, porque el montante del impuesto de una persona determinaba su prestigio y porque permitía al Gobierno retirar de la circulación una gran cantidad de dinero

Accipiter:

—En cualquier caso, cuando el viejo Finnegan murió, el Gobierno Federal renovó su presión para incorporar a los trabajadores de la construcción y a los oficinistas del sindicato como funcionarios civiles. Pero el joven Finnegan demostró ser tan astuto y vicioso como su viejo padre. Desde luego, no sugiero que el hecho de que su tío fuera el presidente de los Estados Unidos tuviera nada que ver con el éxito del joven Finnegan.

Reportero:

—El joven Finnegan tenía setenta años cuando murió su padre.

Accipiter:

—Durante esta lucha, que continuó a lo largo de muchos años, Finnegan decidió tomar el nombre de Winnegan. Es un juego de palabras sobre *Win-again* ("vuelvo a ganar"). Parece haber tenido una afición infantil, incluso imbécil, a los juegos de palabras, que yo, francamente, no comprendo. Me refiero a los juegos de palabras.

Reportero:

—Para nuestros espectadores no americanos, que quizá no conozcan nuestra costumbre nacional del Día del Nombre, diremos que fue originada por los Panamoritas. En cualquier momento a partir de la mayoría de edad, cualquier ciudadano puede tomar un nuevo nombre que crea apropiado a su temperamento o a su objetivo en la vida. Podría indicarles que el Tío Sam, que ha sido deshonestamente acusado de intentar imponer el conformismo a sus ciudadanos, anima este enfoque individualista de la vida. A pesar del aumento de trabajo que ello le supone para mantener sus ficheros.

"También podría hacer notar algo más de interés. El Gobierno declaró que el Abuelo Winnegan era mentalmente incompetente. Espero que mis oyentes me perdonen si tomo unos momentos de su tiempo para explicar las bases de la afirmación del Tío Sam. Bien para aquellos de ustedes que no conozcan un clásico del siglo XX, *El funeral de Finnegan*, a pesar del deseo de su Gobierno de que tengan una educación permanente gratuita, diremos que el autor James Joyce, sacó el título de una vieja canción de vodevil.

(Pausa mientras un controlador explica brevemente "vodevil".)

—La canción trataba de Tim Finnegan, un obrero irlandés que se cayó de una escalera, borracho, y murió, aparentemente. Durante el funeral irlandés celebrado por Finnegan, el cuerpo fue salpicado accidentalmente de güisqui. Finnegan sintiendo el tacto del güisqui, del "agua de vida", se sentó en el ataúd y saltó de él para beber y bailar con las plañideras.

"El Abuelo Winnegan siempre sostuvo que aquella canción de vodevil se basaba en la realidad, que los buenos siempre ganan a la larga, y que el Tim Finnegan original era un antepasado suyo. Esta afirmación descabellada fue utilizada por el Gobierno en su demanda contra Winnegan.

"Sin embargo, éste presentó documentos que apoyaban su aserto. Más tarde, demasiado tarde, se demostró que los documentos eran falsos.

Accipiter:

—El movimiento del Gobienno contra Winnegan fue reforzado por la simpatía que los obreros de otras ramas y las personalidades sentían hacia el Gobierno. Los ciudadanos se quejaban de que la compañía-sindicato era antidemocrática y discriminatoria. Los oficinistas y productores ganaban sueldos relativamente altos, pero muchos ciudadanos tenían que contentarse con sus ingresos púrpura. Así que Winnegan fue llevado a juicio y acusado, desde luego con razón, de varios delitos, entre ellos subversión de la democracia.

"Viendo venir lo inevitable, Winnegan remató su carrera de delincuente. De algún modo se las arregló para robar veinte mil millones de dólares de la bóveda del banco federal. Esta suma, por cierto, era igual a la mitad del capital existente por aquel entonces en el Gran LA. Winnegan desapareció con el dinero, que no sólo había robado sino que también había dejado de tener en cuenta en su Declaración del Impuesto sobre la Renta. Imperdonable. No sé por qué tanta gente ha ensalzado la hazaña de este bandido. ¡Vaya! He visto programas de fido con él como héroe, ligeramente disfrazado bajo otro nombre, claro.

Reportero:

—Sí, amigos, Winnegan cometió el Delito del Siglo. Y aunque finalmente ha sido localizado y va a ser enterrado hoy, en algún sitio, el caso no ha quedado totalmente cerrado. El Gobierno federal dice que sí; pero ¿dónde está el dinero, los veinte mil millones de dólares?

Accipiter:

—En realidad, el dinero ya no tiene ningún valor, excepto como piezas de colección. Poco después del robo, el Gobierno requisó todo el capital en circulación y editó nuevos billetes que no podían confundirse con lo antiguos. El Gobierno había querido hacer algo así desde hacía mucho tiempo, de todas formas, porque creía que había demasiado dinero circulante; sólo reimprimió la mitad de la cantidad requisada.

"Me gustaría saber dónde está el dinero. No descansaré hasta que lo sepa. Lo rastrearé aunque tenga que hacerlo en mi tiempo libre.

Reportero:

—Quizá tenga usted tiempo de sobra para ello si el joven Winnegan gana su querella. Bien, amigos, como muchos de ustedes posiblemente sepan, Winnegan fue encontrado muerto en uno de los niveles inferiores de San Francisco aproximadamente un año después de su desaparición. Su nieta identificó el cuerpo; y las huellas dactilares, la estructura de oídos, de retina y de dientes, el tipo sanguíneo y capilar de la identidad coincidían.

Chib, que ha estado escuchando, piensa que el Abuelo debió de gastarse varios millones del dinero robado en eso. No lo sabe, pero sospecha que un laboratorio de investigación en algún lugar del mundo desarrolló el duplicado de un biotanque.

Eso fue dos años después de nacer Chib. Cuando tenía cinco años, su Abuelo salió a la luz. Sin decirle a mamá que había vuelto, entró en la casa. Sólo Chib era su confidente. Desde luego, resultaba imposible para el Abuelo pasar completamente inadvertido por Mamá, pero ella insistía en no haberle visto nunca. Chib pensaba que lo hacía para evitar ser acusada de complicidad en el delito. No estaba seguro. Quizás había aislado sus "visitas" del resto de su

mente. Para ella sería fácil, ya que nunca sabía si era martes o jueves, y no podía decir el año en curso.

Chib ignora a los sepultureros, que quieren saber qué hacer con el cuerpo. Camina hacia la fosa. La tapa del ataúd ovoide resulta ya visible bajo la larga trompa proboscídea de la máquina de cavar, que desmenuza sónicamente el barro y después lo aspira. Accipiter, roto su autocontrol de toda la vida, sonríe a los reporteros del fido y se frota las manos.

—Baila un poco, hijo de puta —dice Chib, con las lágrimas contenidas sólo por la ira.

Se despeja la zona que rodea la fosa, haciendo sitio para los brazos prensores de la máquina. Éstos descienden, se unen bajo el negro ataúd de plástico irradiado, adornado con arabescos de latón, y lo levantan, dejándolo sobre la hierba. Chib, viendo a los hombres de la ORI empezar a abrirlo, comienza a decir algo, pero cierra la boca. Mira intensamente, con las rodillas dobladas, como preparado para saltar. Los reporteros del fido se acercan, enfocando con las cámaras en forma de globo ocular al grupo que rodea el féretro.

Rechinando, la tapa se levanta. Se produce una gran explosión. Denso humo negro se alza. Accipiter y sus hombres, tiznados, con los ojos muy abiertos y blancos, tosiendo, salen a trompicones de la nube. Los reporteros del fido corren en todas direcciones o se agachan para recoger las cámaras. Los que estaban a suficiente distancia pueden ver que la explosión se produce en el fondo de la tumba. Sólo Chib sabe que la apertura del ataúd ha activado el mecanismo de detonación de la fosa.

También es él el primero en mirar al cielo, al proyectil que se remonta desde la tumba, porque sólo él lo esperaba. El cohete sube a 150 metros mientras los reporteros del fido siguen su vuelo con las cámaras. Se abre, y desde su interior se despliega una cinta entre dos objetos redondos. Los objetos se expanden hasta convertirse en globos, mientras que la cinta viene a ser una gran pancarta.

En ella, en grandes letras, están escritas las palabras:

¡El funetruco de Winnegan!

Veinte mil millones de dólares quemados bajo el suelo falso de la fosa arden furiosamente. Algunos billetes, despedidos en el géiser de fuegos artificiales, son arrastrados por el viento, mientras los hombres de la Oficina de Impuestos, los del fido, los sepultureros y los concejales los cazan.

Mamá está pasmada.

Accipiter tiene el aspecto de estar recibiendo una revelación.

Chib llora y después ríe y se revuelca por el suelo.

El Abuelo ha vuelto a jugársela al Tío Sam, y también ha lanzado su mayor juego de palabras a donde todo el mundo pueda verlo.

—¡Oh, viejo!—solloza Chib entre espasmos de risa—. ¡Oh, viejo! ¡Cómo te quiero!

Mientras rueda de nuevo por el suelo, riendo tan fuerte que le duelen los costados, siente un papel en su mano. Se detiene, se pone de rodillas y busca con la mirada al hombre que se lo ha dado. El hombre dice:

—Su abuelo me pagó para que se lo diera cuando lo enterraran.

Chib lee.

> *Espero que nadie haya resultado herido, ni siquiera los de la Oficina de Impuestos.*
>
> *Último consejo del Viejo Sabio de los Rompecabezas. Piérdete. Deja LA. Deja el país. Ve a Egipto. Que tu madre cabalgue el salario púrpura por sí misma. Ella puede hacerlo si practica el ahorro y la austeridad . Y si no puede, no es culpa tuya.*
>
> *En verdad eres afortunado de haber nacido con talento, si no genio, y de ser bastante fuerte para querer romper el cordón umbilical. Así que hazlo. Ve a Egipto. Empápate de la cultura antigua. Párate ante la Esfinge. Pregúntale a ella (en realidad es "él") la Pregunta.*
>
> *Después visita una de las reservas zoológicas al sur del Nilo. Vive durante un tiempo en una imitación razonable de la Naturaleza tal como era antes de que la Humanidad la deshonrase y desfigurase. Allí, donde el Homo sapiens (?) evolucionó desde el mono asesino, absorbe el espíritu de ese antiguo tiempo y lugar. Has estado pintando con el pene, erecto más de ira, me temo, que de pasión de vivir. Aprende a pintar con el corazón. Sólo así podrás llegar a ser grande y verdadero.*
>
> *Pinta.*
>
> *Después, a dondequiera que vayas, estaré contigo mientras estés vivo para recordarme. Citando a Runic, "seré la aurora boreal de tu alma".*
>
> *Mantén firme la creencia de que habrá otros que te amen tanto como yo lo hice e incluso más. Y lo que es más importante, debes amarles tanto como ellos te amen.*
>
> *¿Puedes hacerlo?*

****

Me siento extrañamente indiferente hacia el hecho de que el hombre llegue a la Luna. Digo extrañamente porque he estado leyendo ciencia ficción desde 1928 y vendiendo historias de ciencia ficción desde 1952. Es más, estaba casi seguro, y lo esperaba y rezaba por ello, de

que llegaríamos a Marte en 1940. Cuando tenía dieciocho años renuncié a esa fecha demasiado cercana, pero seguí creyendo que algún día, quizás en 1970, lo lograríamos.

He sido también escritor técnico de electrónica militar y comercial desde 1957, y en la actualidad trabajo para una compañía que está íntimamente relacionada con los programas espaciales Saturno y Apolo. Hace diez anos habría estado muy cerca del éxtasis si hubiera podido trabajar en un proyecto espacial. Cohetes, aterrizaje en la Luna, escotillas estancas, y todo eso.

Pero en los últimos ocho años me he ido sintiendo cada vez más interesado en —y preocupado por— los problemas terrestres. Como son la explosión demográfica, el control de la natalidad, la violación de la Madre Naturaleza, los "derechos" humanos y animales, los conflictos internacionales y, especialmente, la salud mental. Me gusta ver que exploramos el espacio, pero no creo que debamos hacerlo. Si los Estados Unidos desean gastarse su (mi) dinero en cohetes espaciales, estupendo. Comprendo perfectamente que los proyectos espaciales reembolsarán algún día con creces los actuales desembolsos. Los descubrimientos tecnológicos efectuados por el camino, buscados o hallados por azar, sin hablar de cosas tales como el control del clima, etc., harán que finalmente todos esos esfuerzos y dispendios tengan un gran valor. Me gusta creerlo así.

Pero gastemos al menos una cantidad igual de dinero e investigación intentando descubrir lo que hace moverse a la gente. Si hay que hacer alguna elección entre los dos distintos tipos de proyectos, abandonemos el proyecto espacial. Si esto es traición, tanto peor. La gente es más importante que los cohetes; nunca estaremos en armonía con la Naturaleza que existe fuera de nuestra atmósfera; ya tenemos bastante trabajo para ponernos en armonía con la naturaleza sublunar.

La idea de esta historia surgió mientras asistía a una conferencia en casa de Tom y Terry Pincard. Lou Barron habló, entre otras cosas, del documento de la Triple Revolución. Esta publicación contiene una carta enviada el 22 de marzo de 1964 por el Comité Ad Hoc sobre la Triple Revolución al presidente Lyndon B. Johnson, la respuesta políticamente anodina del ayudante del consejero especial del presidente y el informe de la propia Triple Revolución. Los autores del documento saben que la humanidad se halla en el umbral de una era que exige un reexamen fundamental de los valores e instituciones existentes. Las tres revoluciones, separadas y que se refuerzan mutuamente, son: 1) la Revolución Cibernética; 2) la Revolución de Armamentos, y 3) la Revolución de los Derechos Humanos.

Lou Barron fue el primero en mencionar la Triple Revolución en mi presencia, y el último desde entonces. Sin embargo, dicho documento puede ser una fecha crucial para los historiadores, un medio conveniente de indicar cuándo se inició la nueva era de las "sociedades planificadas". Puede ocupar un lugar junto con documentos tan irnportantes como la Carta Magna, la Declaración de Independencia, el Manifiesto Comunista, etc. Desde aquella conferencia, he hallado algunas referencias al documento en dos revistas pero sin ninguna elucidación. Y durante la conferencia, Lou Barron dijo que, pese a su importancia, seguía siendo desconocido para algunos profesionales de la economía y las ciencias politicas en el campus de la Universidad de California en Los Angeles.

La conferencia de Barron me proporcionó la visión de una historia situada en una sociedad futura extrapolada a partir de las tendencias actuales. Probablemente nunca hubiera llegado a escribirla si Harlan Ellison no me hubiera pedido, algunos meses más tarde, una

historia para esta antología. Tan pronto como oí que no habría ninguna clase de tabúes, mis ojos empezaron a girar con un frenesí que algunas personas hubieran encontrado más bien vulgar. De mi subconsciente surgió la frase de un título de Zane Grey, *Riders of the Purple Sage* (Jinetes del sabio púrpura). Otros elementos encajaron en su lugar, y las extrapolaciones siguieron.

Hay algunas cosas que me gustaría dejar claras. Primera, esta historia representa tan sólo uno de entre una docena de mundos futuros que puedo escribir, cada uno de ellos completamente distinto. Las implicaciones del documento de la Triple Revolución son muchas.

Segunda, la historia aquí presentada muestra tan sólo la osamenta de lo que yo deseaba escribir. Teóricamente, no hay límites a su extensión, pero en la práctica había de existir un punto final. Esas 30.000 palabras eran demasiado, pero los editores fueron indulgentes. En realidad escribí 40.000 palabras, pero me obligué a suprimir varios capítulos, y luego a reducir los capítulos que había dejado. Eso dio como resultado 20.000 palabras, que luego volví a aumentar a 30.000. Tenía un cierto número de episodios y de cartas de varios presidentes de los Estados Unidos a diversos servicios. Las cartas y sus respuestas debían mostrar cómo se había iniciado la Gran Retirada y cómo habían empezado las ciudades cerradas a varios niveles. Una descripción más detallada de la construcción física de una comunidad, LA OOGÉNESIS DE BEVERLY HILLS 14, fue suprimida, así como las justas municipales organizadas entre pandillas de quinceañeros durante el Festival del Pueblo, una escena entre Chib y su madre que hubiera aportado mayor profundidad a sus relaciones, una escena de un dramático fidovisado basado en los primeros días de la secta panamorita y aproximadamente una docena de otros capítulos.

Tercera, los autores del documento de la Triple Revolución, me parece, están anticipando únicamente los próximos cincuenta años. Yo salté al 2166 porque estoy seguro de que la conversión materia-energía y la duplicación de objetos materiales será entonces una realidad. Probablemente antes incluso. Esta creencia se basa en el actual desarrollo de la física. (Los computadores proteínicos mencionados en la historia han sido ya predichos en un reciente *Science News Letter*. Yo lo anticipé en una historia de ciencia ficción en 1955. Por lo que sé, mi predicción fue la primera mención de computadores proteínicos hecha en cualquier tipo de literatura, de ciencia ficción, científica o de otro tipo.) La humanidad ya no tendrá que seguir dependiendo de la agricultura, la cría de ganado o la minería. Es más, las ciudades tenderán a ser completamente independientes del gobierno nacional excepto cuando lo necesiten para evitar una guerra internacional. Las luchas entre las ciudades-estado y el gobierno federal se hallan sólo apuntadas en esta historia.

Cuarta, los autores del documento de la Triple-Revolución dieron prueba de humildad y buen sentido cuando afirmaron que no sabían todavía cómo planificar nuestra sociedad. Insisten en que es necesario efectuar primero un estudio de gran amplitud; y luego la puesta en práctica de las recomendaciones debe efectuarse muy cautelosamente.

Quinta, dudo que todo esto se efectúe con la profundidad y las precauciones requeridas. El tiempo presiona demasiado; el sofocante aliento de la Necesidad sopla en nuestras nucas. Además, el estudio adecuado sobre la humanidad se ha visto siempre demasiado enmarañado con la política, los prejuicios, la burocracia, el egoísmo, la estupidez, el ultraconservadurismo y un rasgo que todos compartimos: la absoluta ignorancia.

Sexta, pese a todo lo cual, comprendo que nuestro mundo debe ser planificado, y deseo a los planificadores buena suerte en su peligrosa carrera.

Séptima, puede que esté equivocado.

Octava, espero estarlo.

Este relato fue escrito primariamente como una historia, no como una caja de resonancia para una serie de ideas o una profecía. Terminé sintiéndome demasiado interesado en mis personajes. Y aunque la idea básica procedió de Lou Barron, él no es responsable de nada de la historia. De hecho, dudo mucho que le guste.

Sea cual sea la acogida que tenga la historia, yo me lo pasé muy bien escribiéndola.